

5367

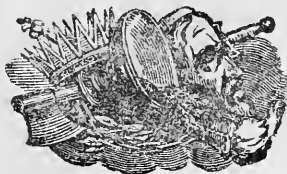
EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

~~~~~

## **LA HERMANA DE LECHE,**

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



**MADRID.**

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.  
**1862.**

5

# CATALOGO

## DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

### EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...  
Amor de antesa...  
Abelardo y Eloisa.  
Abnegacion y nobleza.  
Angela.  
Afectos de odio y amor.  
Arcanos del alma.  
Amar despues de la muerte.  
Al mejor cazador...  
Achaque quieren las cosas.  
Amor es sueño.  
A caza de cuervos.  
A caza de herencias.  
Amor, poder y pelucas.  
Amar por senas.  
A falta de pan...  
Articulo por artículo.

Bonito viaje.  
Boadicea, *drama heróico*.  
Batalla de reinas.  
Berta la flamenca.  
Barómetro conyugal.  
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.  
Canizares y Guevara.  
Cosas suyas.  
Calamidades.  
Como dos gotas de agua.  
Cuatro agravios y ninguno.  
Como se empena un marido  
Con razon y sin razon.  
Cómo se rompen palabras.  
Conspirar con buena suerte.  
Chismes, parientes y amigos.  
Con el diablo á cuchilladas.  
Costumbres politicas.  
Contrastes.  
Catilina.  
Carlos IX y los Hugonotes.  
Carnioli.

Dos sobrinos centra un tio.  
D. Primo Segundo y Quinto.  
Deudas de la conciencia.  
Don Sancho el Bravo.  
Don Bernardo de Cabrera.  
Los artistas.  
Diana de San Roman.  
D. Tomás.  
De audaces es la fortuna.  
Dos hijos sin padre.  
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.  
¡Está local!  
En mangas de camisa.  
El que no cae... resbala.  
El niño perdido.  
El querer y el rascar...  
El hombre negro.  
Fin de la novela.  
Antropo.  
Escri tres padres.  
Falsos de Weber.  
Mirinaque.

El clavo de los maridos.  
El onceno no estorbar.  
El anillo del Rey.  
El caballero feudal.  
¡Es un angel!  
El 5 de agosto.  
El escondido y la tapada.  
El licenciado Vidriera.  
¡En crisis!  
El Justicia de Aragon.  
El Monarca y el Judío.  
El rico y el pobre.  
El beso de Judas.  
El alma del Rey Garcia.  
El afán de tener novio.  
El juicio público.  
El sitio de Sebastopol.  
El todo por el todo.  
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.  
El que las da las toma.  
El camino de presidio.  
El honor y el dinero.  
El payaso.  
Este cuartito se alquila.  
Esposa y mártir.  
El pan de cada día.  
El mestizo.  
El diablo en Amberes  
El ciego.  
El prolegido de las nubes  
El marques y el marquesito.  
El reloj de San Plácido.  
El bello ideal.  
El castigo de una falta.  
El estandarte español á las costas africanas.  
El conde de Montecristo.  
Elena, ó hermana y rival.  
Esperanza.

Furor parlamentario.  
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.  
Genio y figura.

Historia china.  
Hacer cuenta sin la huésped.  
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.  
Indicios vehementes.  
Isabel de Medicis.  
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.  
Juan sin Tierra.  
Juan sin pena.  
Jorge el artesano.  
Juan Diente.

Los amantes de Chituc  
Lo mejor de los dados  
Los dos sargentos esp  
Los dos inseparables.  
La pesadilla de un ca  
La hija del rey René.  
Los extremos.  
Los dedos huéspedes.  
Los éxtasis.  
La posdata de una car  
La mosquita muerta.  
La hidrofobia.  
La cuenta del zapatero  
Los quid pro quos.  
La Torre de Londres.  
Los amantes de Teruel  
La verdad en el espejo  
La banda de la Condes  
La esposa de Sancho el  
La boda de Quevedo.  
La Creacion y el Diluv  
La gloria del arte.  
La Gitana de Madrid.  
La Madre de San Ferna  
Las flores de Don Juan  
Las apariencias.  
Las guerras civiles.  
Lecciones de amor.  
Los maridos.  
La lápida mortuoria.  
La bolsa y el bolsillo.  
La libertad de Florenc  
La Archiduquesita.  
La escuela de los amigo  
La escuela de los perdi  
La escala del poder.  
Las cuatro estaciones.  
La Providencia.  
Los tres banqueros.  
Las huérfanas de la Car  
La ninfa Iris.  
La dicha en el bien ajen  
La mujer del pueblo.  
Las bodas de Camacho.  
La cruz del misterio.  
Los pobres de Madrid.  
La planta exótica.  
Las mujeres.  
La union en Africa.  
Las dos Reinas.  
La piedra filosofal.  
La corona de Castilla  
La calle de la Montera.  
Los pecados de los padr  
Los infieles.  
Los moros del Riff.  
La segunda cenicienta.  
La peor enana.  
La choza del almadreñ  
Los patriotas.  
Los lazos del vicio.  
Los molinos de viento.  
Le agenda de Correlar

Llueven hijos.

Mi mamá.  
Mal de ojo.  
Mi oso y mi sobrina.  
Martin Zurbarano.

# LA HERMANA DE LECHE.

Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

# LA HERMANA DE LECHE,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

Estrenada en el teatro de Variedades.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1862.

## PERSONAS.

---

## ACTORES.

---

|                |                                           |
|----------------|-------------------------------------------|
| INÉS.....      | SRTA. D. <sup>a</sup> CÁRMEN BERROBIANCO. |
| CÁRMEN.....    | SRTA. D. <sup>a</sup> EMILIA SANZ.        |
| VENANCIA.....  | SRA. D. <sup>a</sup> FELIPA ORGAZ.        |
| CÁNDIDO.....   | SR. D. JULIAN ROMEA.                      |
| EL CONDE.....  | SR. D. ALFREDO MAZA.                      |
| D. CLAUDIO.... | SR. D. FLORENCIO ROMEA.                   |

---

### La escena en Aranjuez.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marra la ley.

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala amueblada con decencia. Puerta en el foro, que es la que conduce á la escalera por la izquierda del actor; dos laterales á la derecha, ambas con montantes, y una á la izquierda. Entre las dos puertas de la derecha habrá una consola, y sobre ella un espejo.

### ESCENA PRIMERA.

INÉS. VENANCIA.

VEN. De véras habeis reñido?

INÉS. De véras.

VEN. Y para siempre?

INÉS. Creo que sí, porque yo  
no pienso satisfacerle,  
ni él tampoco querrá dar  
su brazo á torcer.

VEN. Ni debe,  
si tiene amor propio. ¡Á un Conde  
niegas en tu casa albergue!

INÉS. Por lo mismo...

VEN. Es lo más raro...

INÉS. Yo me entiendo y Dios me entiende.

VEN. Obra es de misericordia,  
que aquí de oficio se ejerce,  
dar posada al peregrino;

¿y es posible que la niegues  
á un jóven de tanto mérito  
y tanto caudal, que bebe  
los vientos por ti, que aspira  
á tu blanca mano, y viene  
cada dia á visitarte,  
y algunos dias dos veces?

INÉS. Posible es, Doña Venancia.

VEN. Bien, niña. Tú te lo pierdes!

INÉS. ¿Qué pierdo yo...

VEN. Por de pronto,  
un huésped de alto copete,  
que haría un gasto de príncipe.

INÉS. Calle usted; no me avergüence.

VEN. ¿Qué vergüenza ni...

INÉS. Sin él  
vivimos holgadamente,  
y primero es mi opinion  
que todos los intereses  
del mundo.

VEN. Pero ni al mundo  
ni á Dios creo yo que ofende  
quien á su oficio ó su industria  
le saca el jugo que puede.

INÉS. Me ama el Conde...

VEN. Auto en favor.

INÉS. Ó lo dice al ménos.

VEN. ¿Miente  
por ventura?

INÉS. Ay! no lo sé.

VEN. Te ama, sí..., y tú lo mereces...

INÉS. Yo...

VEN. Sí tal Y á sus lisonjas  
no es tu corazon rebelde.  
Me lo negarás?

INÉS. Confieso  
que no me es indiferente.

VEN. Si amante no le desdeñas,  
por qué le rechazas huésped?

INÉS. Porque traerle á mi casa  
ya no sería decente  
cuando nadie en Aranjuez



ignora que me pretende.  
Y aún sin eso, sabe Dios  
lo que el vulgo maldiciente  
dirá...

VEN.

Diga lo que guste.  
¿A quién la envidia no muerde?  
Desprecia, Inés, y no temas  
á esa venenosa sierpe.  
De mí, que suplo á tu padre  
desde que lloras su muerte,  
como yo la de mi esposo  
el cirujano de Tiélnes;  
de mí misma, que te escudo  
con la autoridad solemne  
de mi viudez y mis años,—  
aunque todavía verdes,  
porque serán treintaicinco  
los que cumpliré en Setiembre...  
(Quince más!)

INÉS.

VEN.

De mí, que, amén  
de todo el tejemaneje  
de la casa, soy en ella  
un centinela perene  
de tu virtud, la malicia  
dirá, es seguro, mil pestes.  
Mas qué importa? Somos libres,  
y ni cánones ni leyes  
se oponen... Pero, ay dolor!  
voló el pájaro, y no esperes  
que vuelva á la red. Ay simple!  
Oh!

INÉS.

VEN.

Tú has perdido el caletre.  
Por escrúpulos de monja  
¡perder un novio como ese...

INÉS.

VEN.

Ya basta...  
Boba! y mañana  
te prenderás de un pelele.  
No más!

INÉS.

## ESCENA II.

INÉS. VENANCIA. EL CONDE.

CONDE. (Á la puerta del foro.)

¿Da usted su permiso...

INES. Ah!

VEN. (Aparte á Inés.)

El Conde! Albricias, que vuelve!  
No lo creí.

INÉS. Pase usted.

VEN. Permiso! Siempre le tiene  
en esta su casa el Conde  
de Valonga.

(Aparte á Inés.)

No le sueltes

ya que...

(Al Conde.)

No se sienta usted?

CONDE. Sí.

VEN. Yo voy á mis quehaceres...

CONDE. Bien, sí.

VEN. (Aparte á Inés.)

Cuando pasan rábanos...

INÉS. ¡Señora...

VEN. Dios guarde á ustedes!

(Váse por el foro.)

## ESCENA III.

INÉS. EL CONDE.

CONDE. Dirá usted al verme ahora:  
«Este hombre es un botarate»...

INÉS. No tal.

CONDE. «Un necio, un orate.»

INÉS. Nada de eso.

CONDE. Sí, señora.—

Vuelvo como el niño al aula  
del maestro que le azota,  
como el tahir á la sota,

como el pájaro á la jaula;  
vuelvo á los piés de mi bella;  
que esta es, señora, mi cruz,  
como la mosca á la luz  
hasta que se abrasa en ella;  
vengo—¡oh baldon sin ejemplo  
y digno de que me emplumen!—  
á que me escarnezca el númen  
que me arrojó de su templo.

INÉS. Ni á ser númen me sublimo  
siendo una pobre mujer,  
ni puedo yo escarnecer  
á quien de véras estimo;  
á un amigo...

CONDE. De quien es—  
yo concluiré, señora.—  
muy atenta servidora,  
que sus manos besa, Inés.—  
Se ríe usted! ¡Cuando digo...

INÉS. ¿No he de celabrar la gracia...

CONDE. Mi hambre de amor no se sacia  
con una racion de amigo.

INÉS. Con la razon me aconsejo  
cuando cauta desconfío.

CONDE. La razon de usted, bien mio,  
va hácia atrás como el cangrejo.  
No hace una semana aún  
que me amaba usted...

INÉS. Confieso...

CONDE. Y ahora no! Hay razon en eso?

INÉS. Yo...

CONDE. Ni sentido comun?

INÉS. Oiga usted con calma...

CONDE. ¡Calma!

INÉS. Si quiere que le responda.—  
Se alojó usted en la fonda  
de enfrente...

CONDE. Sí, pese á mi alma!  
Procedente de Motril,  
donde radica mi hacienda,  
tomé en Aranjuez vivienda,  
el día treinta de Abril,

miéntras Don Miguel Mansilla,  
mi digno administrador,  
me habilita otra mejor  
en la coronada villa.

INÉS. Nos vimos y nos miramos...

CONDE. Y hasta llegar á la cumbre  
siguió amor, como es costumbre,  
sus trámites..., ó sus tramos.  
Los de usted entre sonrojos,  
los míos con fruición,  
de un balcon á otro balcon  
se cartearon nuestros ojos.  
Vino, tras de estos... arpegios,  
cuyo recuerdo da grima,  
la amorosa pantomima  
que no se aprende en colegios.

INÉS. Hasta que dulce protesta  
me hizo usted de amor eterno  
en un billete muy tierno...  
que no quedó sin respuesta.

CONDE. Y por fin mi amada Inés,  
su puerta—quién lo pensara!  
me abrió...

INÉS. Sí.

CONDE. Pero en la cara  
me dió con ella despues.

INÉS. Ciertó, mas sea usted franco.  
Si á mi pesar lo hice así,  
razones para ello dí.

CONDE. Razones de pié de banco.

INÉS. La cerré al huésped severa,  
si al amigo se la abrí.

CONDE. ¿No hay posada para mí  
donde la hay para cualquiera?

INÉS. Á eso mi humildad responde  
con lo pobre de mi estancia.  
Hay una inmensa distancia  
entre un cualquiera y un Conde.  
Ay! cuando mi fe sencilla  
con usted comprometí  
no supe—triste de mí!—  
que es título de Castilla.

CONDE. Lo oculté yo por ventura?

INÉS. Puso usted su nombre solo  
en la carta...

CONDE. No por dolo,  
sino en señal de ternura.  
Y ¿en qué ley, en qué capítulo  
del fuero de los amantes  
á un Conde se excluye si ántes  
no tira al rio su título?

INÉS. Sería cosa cruel;  
pero á usted no puedo yo  
dar posada...

CONDE. Por qué no?

INÉS. Con título ni sin él.

CONDE. Pero por qué? Soy yo el coco?  
Por qué, Inés, tanto desvío?  
Me aborreces?

INÉS. No. Dios mio!

CONDE. Dudas de mi fe?

INÉS. Tampoco.

CONDE. Pues mi rudeza confieso.  
Por qué el castigo será?—  
Es porque me amas quizá?

INÉS. Pues por qué, sino por eso?

CONDE. Quién de tal manera quiso?  
Tú me amas, y me destierras!  
¡Me amas...

INÉS. Sí, ingrato!

CONDE. ¡Y me cierras  
las puertas del Paraíso!—  
Ah! ya entiendo... Á ser tan dura  
te obliga...

INÉS. ¡Gracias al cielo...

CONDE. La negra honrilla. ¡Oh modelo  
de virtud y de cordura!  
Pero amarnos y no vernos  
es, hija mia, un suplicio  
que no va en zaga al de Ticio  
y Tántalo en los infiernos.  
Fuerza es que vivamos juntos;  
que es necio el amor platónico,  
y si mi mal se hace crónico

cuéntame entre los difuntos.  
Ni eres santa ni yo estoico,  
y pues confeso y convicto  
estoy de que este conflicto  
exige un remedio heroico,  
apelemos...

INÉS.                               Sí; á la ausencia.

CONDE.   Eso es decretar mi muerte,  
léjos de...

INÉS.                               Pues de otra suerte...

CONDE.   Sí tal. (Tiene honra y conciencia;  
y es tanta su perfeccion...;  
y mi pecho es una fragua...)

INÉS.                               Calla usted!

CONDE.                               No. (Pecho al agua!

Pasemos el Rubicon.)

Para que á Francia ó Silesia  
yo desolado no emigre  
y tu fama no peligre,  
Inés!, tomemos iglesia.

INÉS.                               ¿Qué oigo!

CONDE.                               No hay otro partido...

INÉS.                               Cierto, pero ¿qué dirán...

CONDE.   Lo que se niega al galan  
no se negará al marido.

INÉS.                               Pero ¿usted no considera  
que á mi no me corresponde  
tanto honor? ¡Marido un Conde  
de una humilde posadera!

CONDE.   Tambien renitente ahora?  
Pues si nó, ¿quién nos remedia...  
Esto no es una comedia.

INÉS.                               (Entre dientes.)

¿Quién sabe...

CONDE.                               Con voz sonora  
dirá usted: «Soy»..., ya lo escucho,  
«Soy»...

INÉS.                               Señor Conde! (Está loco.)

CONDE.   «Para esposa vuestra poco;  
para dama vuestra mucho.»

INÉS.                               Ni á hacer comedias me inclino,  
Conde, ni mi estilo es ese;

pero aunque así lo dijese,  
diría algún desatino?  
Siendo entre dama y galan  
cuna y prez tan diferentes,  
qué dirán, señor, las gentes?

CONDE. Dale con el qué dirán!  
Si fuera usted un vestiglo,  
pase, pero ¡tan bonita...

INÉS. Eso...

CONDE. Dirán, Inesita,  
que yo marchó con el siglo.

INÉS. Dirá la maledicencia:  
«Á una plebeya dió el sí  
porque sólo pudo así  
triunfar de su resistencia.»

Dirán, si á mi frente ciño  
la corona de condesa:  
«Se ha casado, y ya le pesa,  
por tema; no por cariño.»

CONDE. Oh! no... (Si así lo comentan...)

INÉS. «Y boda tan desigual  
á los dos será fatal...»

CONDE. Nunca! (Y puede que no mientan.)—

¿Qué importa la condicion  
en que estás, aunque hartó humilde,  
si en tu conducta no hay tilde  
y es noble tu corazón?

¿Ni quién, viendo lo que vales,  
y tu finura y tu agrado,  
dirá que no te has criado,  
Inés, en buenos pañales?

Aunque hoy te falte el boato  
que yo á tus gracias prevengo,  
¿qué dama de alto abolengo  
puede desdeñar tu trato?

Días—oh! sí—más serenos  
te alumbraron en la cuna,  
aunque por mala fortuna  
hayas tú venido á ménos.

INÉS. No hay de verdad un adarme,  
aunque el decirlo me duela,  
en la curiosa novela

con que usted quiere ilustrarme.

CONDE. Pero...

INÉS. Óigame usted, le ruego,  
y deseche esa ilusion.—  
Pues, señor, nací en Griñon  
hija de un tosco labriego.  
Mi madre me destetó—  
que esto la pobreza exija!—  
para criar á la hija  
de una dama de alta pro.  
De la pródiga lactancia  
pagada con profusion,  
de Madrid volvió á Griñon  
para cuidar de mi infancia.  
Cinco años despues murió,  
cuando yo tenía nueve,  
la ilustre dama, y en breve  
la mia. Ay Dios!...

CONDE. Pero yo...

INÉS. Era el padre de la niña  
que fué mi ángel tutelar,  
propietario en mi lugar  
y en toda aquella campiña.  
Allí de su amargo duelo  
vino á consolarse: allí  
tanto se prendó de mí—  
téngale Dios en el cielo!—,  
y la niña á quien bendigo  
tal cariño me cobró,  
que cuando á Madrid volvió  
quiso llevarme consigo.

CONDE. Por supuesto, de niñera...

INÉS. No tal. Desde entónces fui—  
no sé si lo merecí—  
su amiga y su compañera.  
«No de lo que yo deseche  
te vestirás, dijo, no:  
cuantas galas tenga yo  
tendrá mi hermana de leche.»  
Juntas fuimos al colegio...

CONDE. Pero usted la eclipsaría...

INÉS. Oh! eso no.—Y aún gozaria



de tan dulce privilegio  
si mi noble protector  
conservase su existencia;  
mas quiso la Providencia  
llamarle á vida mejor.  
Partió mi afligida hermana  
á vivir con una tía,  
mientras el luto cumplia,  
en Castellon de la Plana;  
y entónces,—que rara vez  
viene un mal sin otro en pos—,  
mi querido padre, oh Dios!  
cayó enfermo en Aranjuez,  
donde á su cargo tenía  
esta casa...

CONDE. Ya preveo...

INÉS. Que un dia fué de recreo  
y ahora es hospedería.—  
Mi hermana, en fin, nos la dió  
y con ella algun dinero...

CONDE. Bien: lo demas ya lo infiero.

INÉS. Mi padre al año murió.  
Ay!...

CONDE. Dios le tenga en su gloria.  
Más te honra y más me consuela  
que mi soñada novela  
esa interesante historia.  
Á mayor bien me convida  
casta niña humilde y fresca  
que *traviata* romancesca  
tarde y mal arrepentida.  
Más quiero, en fin, ser pariente  
de un labriego hombre de bien,  
que no, como yo sé quién,  
serlo de todo viviente.

INÉS. Yo...

CONDE. Lo dicho. Esto se zanja  
con una mano y un sí.  
Tú has nacido para mí:  
tú eres mi media naranja.

INÉS. Reflexiónelo usted bien.

CONDE. Cuanto más lo reflexiono

más veo en tu amor mi trono  
y entre tus brazos mi Eden.  
No me amas?

INÉS. Sí, á mi pesar...

CONDE. Pues á salir del barranco.  
Herrar ó quitar el banco.

INÉS. Es que yo temo...

CONDE. Qué?

INÉS. *Errar.*

CONDE. No digas tal desvario.—

La mano...

(Inés baja los ojos y deja que el Conde se apodere de su mano.)

Oh dicha! ¡oh laurel...

INÉS. Mi corazon...

CONDE. Cree en él.

Como yo creo en el mio.—

Ahora responde...

INÉS. Respondo.

CONDE. Serás mia?

INÉS. Jesus! Yo...

Cuando no digo que nó...

CONDE. Necesito un sí redondo.

INÉS. Pues bien, sí.

CONDE. Inés!...

INÉS. (Oh vergüenza!)

CONDE. Mañana...

INÉS. No es tan urgente...

CONDE. Entablaré el expediente  
conyugal. Don Pedro Atienza...

INÉS. Conde!...

CONDE. Será mi padrino.—

No más huéspedes desde hoy.

INÉS. En buen hora.

CONDE. Loco estoy.

(Anda como desatentado de una parte á otra.)

Lo sabrá todo el Casino.

INÉS. No! Ay Dios mio!... Mi rubor...

CONDE. Adios. (Que rabie Carmela!)

Voy...

(Va á salir, y se detiene de pronto.)

Ali! esta noche hay zarzuela

y sale Caltañazor.

Traeré un palco, Inés preciosa,  
y los dos...

INÉS. No!

CONDE. Me retracto.

*Las dos... Pero en un entreacto  
subiré...*

INÉS. Eso es otra cosa.

CONDE. Adios... Ah! quiero, alma mia,  
pues cesaron tus desdenes,  
tu retrato, si le tienes.

INÉS. Sí.

CONDE. Cómo?

INÉS. En fotografía.

No hay ya quien no participe  
de arte que tan poco cuesta;  
no hay cara, aún la más funesta,  
que no se daguerreotipe.

CONDE. Dámele pues.

INÉS. Al momento.

(Entra en su habitacion, que es la de la derecha cerca  
del foro.)

## ESCENA IV.

El CONDE.

Oh qué linda y qué discreta!  
Es una mujer completa,  
un ángel. No me arrepiento.  
De aquella antigua pasion  
ni reliquias quedan ya...  
Inés sola reinará  
en mi amante corazon.

## ESCENA V.

INÉS. El CONDE.

INÉS. (Dándole el retrato.)

Toma.

CONDE. Á ver?

(Mirando el retrato.)

Áun para Edipo  
fuera indescifrable enigma  
tu gracia bajo el estigma  
del fatal daguerreotipo.

INÉS. Son mis facciones...

CONDE. Tal vez...;

mas falta el color aquí  
á tu labio de rubí,  
frescura y vida á la tez...  
Á bien que otro en breve plazo  
te hará, sin este siniestro  
empaque, el pincel maestro  
de Federico Madrazo.  
Guárdole.

INÉS. Supongo que...

CONDE. Que yo te he de dar el mio?  
Claro está.

INÉS. No desconfío...

CONDE. Con el palco le traeré.—  
Adios! Daremos los dos  
envidia al género humano.

INÉS. Adios!

CONDE. Otra vez la mano.

INÉS. Vaya.

(Se la dá y él no se harta de besarla.)

CONDE. Adios!

INÉS. No más!

CONDE. Adios!

## ESCENA VI.

INÉS.

Me ama, si: cómo dudarle?  
Me ama con el alma toda.  
¿Qué prueba pudiera darme  
más eficaz, más notoria  
de su entrañable cariño  
que elegirme para esposa—  
oh Dios, y con qué deleite!  
cuando mérito le sobra,

áun prescindiendo del título  
que sin engreírle le honra,  
para aspirar á la mano  
de alguna ilustre infanzona?  
Y no por rico ó por noble,  
sábelo Dios, me enamora;  
ánten eso hace que mi alma  
sienta,... no sé..., una zozobra...  
Por qué? ¿No se ven ejemplos  
todos los días de bodas  
más desiguales? ¿Me han visto  
codiciar su ejecutoria?  
¿No he combatido yo misma,  
mintiendo desde mi boca,  
su ciego amor? ¿Le he callado  
que nací en humilde choza?  
¿No han disputado tenaces  
palmo á palmo la victoria  
mi razón á mis sentidos,  
mi modestia á sus lisonjas?  
Afuera vanos temores  
y bendiga el alma absorta  
de mi inefable ventura  
la pura y radiante aurora.

## ESCENA VII.

INES. VENANCIA.

VEN. Inés!

INÉS. Ay doña Venancia!

(La abraza.)

VEN. Me abrazas! Qué ha habido? Lloras!

Malo! Habeis tronadó?

INÉS. No.

Las lágrimas que se agolpan  
á mis ojos son de pura  
alegría.

VEN. ¡Bien, paloma,  
bien!—Qué cucaña! Es decir  
que el Conde...

INÉS. Seré su esposa.

VEN. Bien! (¡Casada con un título  
la hija de la tia Jeróna!)  
Reciba mil parabienes  
la Condesa mi señora  
de esta su criada humilde.

INÉS. Criada! Usted me sonroja.  
Siempre mi amiga!

VEN. Mil gracias,  
Inés. (¡Miren si la hipócrita  
ha sabido engatusarle!)  
¿Y cuándo la ceremonia...

INÉS. No sé... Esta noche...

VEN. Esta noche.

INÉS. Vamos...

VEN. Calle! Á la parroquia?

INÉS. No: á la Zarzuela.

VEN. Sí? Bueno!

INÉS. Me ha ofrecido un palco...

VEN. Oiga

Pues á vestirse de tiros  
largos; que con esa ropa...

INÉS. Si: usted tambien...

VEN. Yo despacho  
pronto: mi hábito y mi cofia.

Vamos, vamos... Me desvivo  
por zarzuelas y por óperas.  
Qué hacen? El planeta Vénus?  
Jugar con fuego? Tramoya?

INÉS. No sé. Entremos...

(Entra en su habitacion.)

VEN. ¡Ah fortuna,  
fortuna borracha y loca!

(Al entrar Venancia aparece por el foro Cándido.)

## ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

Principia á anohecer.

No la veo... Más adentro  
tal vez... Me tiemblan las corvas.—

Aquí vive, y está en casa,  
según me ha dicho la moza  
que abajo me ha recibido;  
mas por ningún lado asoma...  
¿A qué puerta llamo? ¿A aquella?  
¿a la de enfrente? ¿a esa otra?—  
¿A ninguna. Esperaré.—  
Ansia de verla me acosa,  
y al mismo tiempo el temor  
no infundado me acongoja  
de ser otra vez el blanco  
de su desprecio y su mofa.—  
Y sin embargo es preciso  
tener corazón de roca  
para pagar de ese modo  
la firmeza más heroica,  
el amor más acendrado  
que registran las historias.—  
Mas dime, alma de mi cuerpo,  
ahora que estamos á solas,  
alma de cántaro, dime,  
¿por qué, indigna de tal joya,  
te obstinas en codiciarla?  
¿Por qué mi pasión decoras  
con dictados tan sublimes,  
si se te viene á la boca  
el único que le cuadra,  
el de ridícula y tonta?  
¿Por qué, mal escarmentado  
de la primera derrota,  
vuelvo, Inés, tras larga ausencia  
á que repitas la solfa?—  
Pero si Dios me hizo así,  
puedo ser yo de otra forma?  
Pero ¿cómo emanciparme  
del astro que me remolca?—  
Y, la verdad sea dicha,  
cuando á mis ayes fué sorda  
esa linda criatura,  
no tuvo razón de sobra?  
¿Qué era yo, quién era yo  
para esperar otra cosa?

Nada! nadie! ¡Un escribiente  
adocenado..., un autómeta!—  
Mas ya no soy el de márras.  
La fortuna caprichosa  
me ha sacado de la esfera  
humilde, triste y ramplona  
en que un día vegetaba;  
traigo repleta la bolsa;  
y aunque no hay oro bastante  
en Australia y California  
para merecer á quien  
tantas gracias atesora,  
puede ya Inés sin afrenta  
dignarse de ser mi novia.  
Ea pues, Cándido insigne!,  
ó vuelve á Cuba la proa,  
ó si aquel refran de *audaces...*  
*et cætera* es un axioma,  
saca fuerzas de flaqueza  
y los piés de las alforjas.  
Quién dijo miedo?

(Llamando con timidez.)

Ah de casa!—

Tiemblo otra vez? Eh!...

(Esforzando la voz.)

Patrona!

## ESCENA IX.

CÁNDIDO. VENANCIA.

VEN. (Vestida ya como dijo.)

Quién es?

CAND. Señora... (No es ella!)

VEN. (Yo conozco esa figura.)

CAND. Me han dicho que vive aquí  
Inés..., Doña Inés Laguna...

VEN. Sí. Usted querrá habitacion...

CAND. Cierto. (Yo he visto á esa bruja...  
no sé dónde.)

VEN. Puede usted  
acomodarse, si gusta,



en aquella...

(Muestra la de la derecha más distante del foro.)

(No recuerdo...)

ó en aquella...

(Señala la puerta lateral de la izquierda.)

Son las únicas

que hay vacantes en el piso

principal. Abajo hay una,

pero...

CAND. En cualquiera: es igual.

VEN. (Para sí.)

Ah! ya caigo... Él es sin duda.

CAND. ¿Cómo...

VEN. Es usted de Griñon?

CAND. Sí; allí mecieron mi cuna;  
pero usted...

VEN. ¡Ven á mis brazos,

Cándido mio! Oh ventura!

(Le abraza.)

CAND. ¿Quién...

VEN. Soy tu prima Venancia.

CAND. Sí? (Maldigo mi fortuna.)

VEN. (Acariciándole.)

¿No haces memoria...

CAND. Sí tal,

una memoria confusa...

Prima..., sí..., tercera ó cuarta...

VEN. No, bobo! Prima segunda.

CAND. Pero no me sobes tanto,  
que no soy piel de gamuza.

VEN. Siempre te he querido mucho,  
y hoy sería esposa tuya...

CAND. Mi esposa! Qué estás diciendo?

(Si tal he pensado nunca,  
que me aspen.)

VEN. De otro lo fuí,

y tú tuviste la culpa.

CAND. No diré yo lo contrario.

VEN. Como hiciste la locura  
de irte á Madrid...

CAND. Es verdad!—

Tú castigaste mi fuga

casándote—ya me acuerdo—  
con el bueno del tío Lucas...

VEN. Ay! sí.

CAND. El barbero de Tiélmès.

VEN. Barbero? Tú le calumnias.

Cirujano sangrador.—

Consuélate: ya soy viuda.

CAND. Que me consuele? Eso..., tú...

VEN. Si paso á segundas nupcias,  
no me faltará un buen dote,  
porque, amén de la pecunia  
que tengo ahorrada, Inesilla  
va á dejar pronto su industria  
para casarse...

CAND. (Ah!) Con quién?

VEN. Con un señor de alta alcurnia.

CAND. (Santo cielo!)

VEN. Con un Conde,  
nada ménos.—Qué! te turbas?

CAND. Yo! No tal. (Disimulemos.)

Pero me asombro... (Que angustia!)

VEN. Yo también; que aunque ella es guapa  
y tiene cierta finura,  
al cabo, como tú y yo,  
es hija de una palurda.

CAND. (Infeliz de mí!)

VEN. Chiripas  
del mundo... En fin, aleluya!  
Á mí maldita la pena  
que me da..., ni á ti...

CAND. Ninguna.

(La vida me costará.)

VEN. Veamos si algo se chupa,  
que es lo esencial... Pero el Conde  
va á venir...

CAND. (Qué haré?...)

VEN. ¡Y á oscuras...

Vuelvo: voy á traer luces...

Siéntate...

CAND. (Sin moverse.)

Sí. (Suerte injusta!)

## ESCENA X.

CÁNDIDO.

Cayó de un soplo la torre  
que mi fantasía ilusa  
levantó. Se casa! Oh Dios!...  
¡Y entre cajones de azúcar  
he venido expresamente  
desde la isla de Cuba  
á apurar con tal noticia  
el cáliz de la amargura!  
Yo siempre he tenido, siempre,  
ocurrencias oportunas.  
¡Mal haya... Pero ¿es milagro,  
siendo tanta su hermosura,  
que un Conde la solicite?  
¿Y cómo cupo en mi obtusa  
mollera el necio delirio,  
la idea torpe y absurda  
de esperar que á mi regalo  
guardase amor esa fruta?  
¡Ah, que no se hizo la miel  
para... ¿Y por qué, pese á Júdas!  
me estoy aquí? qué hago aquí?  
Exponerme á ser la burla  
de Aranjuez. Huyamos!—No!  
Aunque aumente mi tortura,  
¿cómo, tras viaje tan largo,  
no verla otra vez..., la última!  
(Talarea el Conde dentro.)  
¿Quién canta... El Conde será.—  
No vea en mi cara estúpida  
el pesar, la... Aquí me cuelo.  
(Entra en el cuarto de Inés.)

## ESCENA XI.

EL CONDE. VENANCIA.

CONDE. Venancia! Inés! Quien alumbra?

VEN. (Dentro todavía.)  
Allá voy.  
(Llega con una luz en cada mano.)  
Bendito sea  
y alabado... Ah! Se saluda  
al señor Conde...

CONDE. ¿Inesita...

VEN. Se está poniendo muy pulcra  
para...

(Suenan una campanilla.)

Allá voy!

(Deja una luz en el escenario y entra con la otra en la habitación consabida.)

CONDE. En casándome,...

doy de baja á esa lechuza.

INÉS. (Dentro.)

Socorro!

CONDE. Qué oigo!

VEN. (Dentro.) Ladrones!

(Salen despavoridas las dos, y poco después Cándido.)

## ESCENA XII.

EL COMDE. INÉS. VENANCIA. CÁNDIDO.

CONDE. Volemos...

INÉS. Favor!

VEN. Favor!

CONDE. Qué es esto?

VEN. Un hombre!

INÉS. En mi cuarto!

CAND. No hay que asustarse. Soy yo.

CONDE. Quién es *yo*? quién es usted?

VEN. (Ah! Cándido!...)

CAND. (Muy turbado.) Soy... Yo soy...

CONDE. Eh?

CAND. Nadie. (Qué hermosa!) Un huésped...

CONDE. Tiembla usted!

CAND. ¿Quién... No es temblor...

CONDE. Á qué ha entrado usted ahí?

INÉS. No conozco á ese hombre.

- CAND. (¡Atroz  
desengaño!)
- VEN. Yo...
- CAND. Pensé...  
Como no habia farol...  
Soy forastero...
- CONDE. Este *quidam*  
es sospechoso.
- VEN. El señor...
- CAND. Yo ¿por qué? Esto me faltaba!
- CONDE. Colarse así de rondon!  
Sorprender á una señora....
- CAND. No hay tal sorpresa. Yo no...
- CONDE. (Á Inés.)  
Cada vez se turba más.
- CAND. Me turbo porque... (Ay dolor!)
- CONDE. Ó es usted un libertino...
- CAND. No tal. Jesus!...
- CONDE. Ó un ladron.
- CAND. Ladron? Miente quien lo diga.
- CONDE. Cómo! Me alza usted la voz?
- VEN. Yo diré...
- CAND. ¿Qué hombre de bien  
oye con resignacion  
fulminar sobre su frente  
una injuria tan feroz?
- INES. Él parece un infeliz...
- VEN. (Ah qué idea!...)
- CAND. Voto á briós!...  
Perdone usted, señorita:  
fué un *lapsus*... Se me escapó.—  
¿Quién ve claro, si no es buho,  
cuando ya se ha puesto el sol?  
Pido un cuarto, me lo indican,  
y á otro distinto me voy;  
á nadie veo al entrar;  
me sofocaba el calor;  
guiado por el crepúsculo  
y viendo abierto el balcon,  
me asomo á él; siento pasos  
detras; veo el resplandor  
de una luz; me vuelvo; al verme

se espanta y huye veloz  
una mujer, otra luégo,  
gritando á cuál más las dos;  
yo las sigo; y sin oír  
mi sencilla explicacion,  
llueven sobre mí anatemas,  
soy un tuno, un malhechor,  
un Tarquino... Dios lo quiere!  
Téngamelo en cuenta Dios.

CONDE. Voy viendo que era infundado,  
querida Inés, tu terror.

INÉS. Sin duda.

VEN. (Si le pudiera  
comprometer...)

CONDE. Bien; me doy  
por satisfecho.

CAND. (Con amargura.) Mil gracias.  
(Muestra con continuos gestos y ademanes su interno  
pesar y su indecision.)

VEN. (Él es un bobalicon...)

INÉS. Yo tambien.

CAND. Sí? Y yo. (¿Por qué  
no se fué á pique el vapor  
que me trajo á Europa? Ay necio!)  
Con permiso... Con perdon...

CONDE. No hay de qué...  
(Á Inés.) Está turulato.

INÉS. (Esas facciones... No es hoy,  
creo, la primera vez...)

CAND. No daré nueva ocasion,  
lo juro...  
(Con resolucion.) Adios para siempre!

VEN. Detente! ¡Huyes, salteador,  
dejando comprometida  
con tu audacia mi opinion!

INÉS. ¿Cómo...

CAND. Esta es otra!

VEN. Si Inés,

si el Conde, á cuyo valor  
apelo ahora, se dan  
por satisfechos, yo no.

CONDE. ¿Qué oigo!

CAND.                                Qué intenta esa momia?

INÉS.                                Señora! ..

VEN.                                En la habitacion  
donde ese hombre fementido  
clandestinamente entró  
las dos dormimos.

CAND.                                ¿Y qué...

VEN.                                Tambien—consta en el padron—  
soy yo bello sexo.

CONDE.                                Calle!  
(Bello sexo!) Sí, en rigor...

CAND.                                Mujer, pase, pero...

CONDE.                                (Á Inés.)                                Cómica  
va siendo la situacion.

CAND.                                Pero ¡bello sexo!

VEN.                                Infame!  
Cuando yo estaba en la flor  
de mis años, ese aleve  
mis favores pretendió.

CAND.                                Yo? Mentira!

VEN.                                Y ya ve usted  
que entrar hoy de hoz y de coz  
en mi cuarto...

CONDE.                                Oiga! Pues esto  
tiene ya más de un bemol.

(Aparte con Inés.)

Riámonos á su costa.

INÉS.                                Eh! no. Me da compasion.

CAND.                                (Reniego de mí y del padre  
que en mal hora me engendró.)

CONDE.                                Los indicios son vehementes;  
el lance es de Calderon.

CAND.                                Del demonio!

CONDE.                                Y todavía  
para los hombres de pro  
aquella jurisprudencia  
dramática está en vigor.  
No hay más remedio que hacer  
de las tripas corazon  
y casarse con Venancia.

CAND.                                Oh! ántes...

CONDE.                                Lo exige su honor...

VEN. Sí.

INÉS. (Aparte al Conde.)  
Pobre hombre!...

CAND. Señor mio...

INÉS. Basta ya...

CONDE. Y lo exijo yo.

CAND. Caballero, yo soy hombre  
de apacible condicion;  
mas ya me ha apurado usted  
la paciencia, y la de Job  
claudicaria al oir  
tan bárbara sinrazon.  
Cuando yo quiera casarme  
buscaré mujer *ad hoc*,  
y para dármela, usted  
no tiene jurisdiccion.  
Y diga lo que dijere  
el poeta que escribió  
*El mayor monstruo los celos*—  
(Mirando á Venancia.)  
yo conozco otro mayor—...

VEN. Eh?

CAND. Y Lope, y Tirso, y, en fin,  
todo el Parnaso español,  
y el Areopago de Aténas,  
y Radamanto, y Pluton,  
no estoy tan desesperado—  
aunque bastante lo estoy—  
que consienta en ser marido  
de semejante vision.

VEN. Vision? ¡Oiga el muy...

CONDE. (Á Inés.) Es donoso.

CAND. (Con suma exaltacion.)

¿Qué he hecho yo, Dios de Jacob,  
para castigarme así?

(Mirando á Inés.)

(Esta... ay triste!—

(Mirando á Venancia.)

Esa... Oh furor!)

(Encarándose con el Conde.)

Todo lo que quiera usted  
seré: bandido, ladron...;



todo, ménos...  
INÉS. Ay! me espanta.  
Loco!...  
VEN. Ay! sí.  
CAND. Sí, loco soy.  
VEN. Siento...  
CAND. Atras!  
CONDE. Yo...  
CAND. Paso al loco!  
VEN. Pero...  
CAND. Atras!  
(Echando á Inés una mirada de desconsuelo.)  
(Ingrata!) Adios!

### ESCENA XIII.

EL CONDE. INÉS. VENANCIA.

INÉS. Loco! ¡Lástima...  
CONDE. No; un ente  
original, un huron...  
VEN. (Estoy volada.)  
CONDE. Mi broma  
le ha puesto de mal humor,  
y no lo extraño, que ha sido  
mayúscula.  
VEN. (Con risa forzada.)  
Sí tal. Oh!...  
Yo tambien me chanceaba...  
CONDE. De véras? Tanto mejor.  
VEN. (Ah!)  
CONDE. Ya es tarde. Toma el palco  
y el retrato.  
(Los toma Inés.)  
Yo me voy;  
que he de escribir esta noche  
á Motril, á Castropol...  
INÉS. Nos veremos luégo?  
CONDE. (Besando la mano á Inés.)  
Sí,  
prenda de mi corazon.

## ESCENA XIV.

INÉS. VENANCIA.

INÉS. Vamos?

VEN. Sí. (Á ver si me alegra  
un poco Caltañazor.)

INÉS. Ah! los guantes..., el abrigo...

Voy...

VEN. Yo iré. (Qué sofocon!)

## ESCENA XV.

INÉS.

(Abriendo la caja que contiene el retrato.)

Veamos la grata imágen  
del que mi alma cautivó.

(Mira el retrato.)

Ah! no es el suyo: es... Dios mio!  
de una mujer. Oh rubor!

(Acercándose á la luz y mirando con atencion el re-  
trato.)

¿Quién será... Oh! es Cármen! es Cármen!

¿Cómo... Amarga decepcion!

¡Mi protectora, mi amiga,  
mi hermana! Hombre sin pudor,

así me vendes? ¿así  
vendes, perjuero, á las dos?

## ESCENA XVI.

INÉS. VENANCIA.

VEN. (Dando á Inés los guantes y chal y poniéndose los  
suyos.)

Toma...

INÉS. Yo castigaré  
al inícuo burlador.

VEN. Qué dice?

INÉS. Por el telégrafo

la llamaré...

VEN.                                   Á quién?

INÉS.                                   Gran Dios!

VEN.                                   Qué ocurre?

INÉS.                                   (Guardando el retrato.)

                                  Sígame usted.

VEN.                                   Á la Zarzuela?

INÉS.                                   No.

                                  (Tirando al suelo el billete.)

                                  No!

VEN.                                   (Tambien loca! Es epidemia?)

                                  Sepamos por qué razon...

                                  Ah! ¿El Conde...

INÉS.                                   No vuelva usted

                                  á nombrar á ese traidor,

                                  sino para maldecirle

                                  como le maldigo yo.

                                  (Váse por la puerta del foro y Venancia la sigue santiguándose.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

---

## ACTO SEGUNDO.

---

### ESCENA PRIMERA.

INÉS.

Siento dar una molestia,  
y un pesar tal vez á Cármen;  
mas faltándome su auxilio,  
recio sería el combate  
quizá, y yo no lograria  
confundir á aquel infame.—  
Que no cambió los retratos  
con designio de injuriarme,  
es evidente. Si su alma  
los abrigaba culpables  
contra mi honra, necedad  
que no se le ocurre á nadie  
fuera el querer merecerme  
haciendo gratuito alarde  
de inconstancia y de perfidia.  
No, no: su yerro, aunque grave  
fué casual, fué involuntario,  
y para que yo me salve  
Dios lo permitió. Bendigo  
su providencia inefable.—  
Él—oh sorpresa! oh falacia! —  
él poseía tu imágen,  
hermana mia, y sin duda  
en prenda se la entregaste  
de cándido amor, que el pérfido

paga con tan vil ultraje.  
No en vano una voz secreta,  
acusándome de frágil,  
en vez de gratos placeres  
me presagiaba desastres.—  
Pero, sin mediar amores,  
bien pudo;—que esto es muy fácil  
hoy que la fotografía  
vulgariza los semblantes,  
adquirir su efígie á título  
de amigo ó de tertuliente.  
Y ella en carta muy reciente  
me habló de próximo enlace  
con otro... Bien podrá ser  
imaginario el desaire  
y que, reo solamente  
de distraccion excusable,  
el Conde se justifique...  
No, corazon, no me engañes.  
Lo cierto y lo justo fué  
lo que anoche me inspiraste.  
No me aconsejes ahora  
sutil, artero y cobarde  
que haga á la amistad traicion  
y mi noble orgullo empañe.

## ESCENA II.

INÉS, VENANCIA.

- VEN. (Saliendo de la habitacion lateral de la izquierda.)  
Ya está la sala. ¿En qué alcoba  
se hace la cama?
- INÉS. En la grande.  
Yo tambien dormiré en ella.
- VEN. ¿Juntas las dos...
- INÉS. Sí, como ántes  
de nuestra separacion.  
Cabén allí los dos catres.
- VEN. Sí.
- INÉS. En el otro dormitorio,  
que tiene puerta de escape,

el tocador.

VEN.

Está bien.

INÉS.

Haga usted que se trasladen los muebles...

VEN.

Pierde cuidado.

INÉS.

Que ayuden Casilda y Jaime.

VEN.

Bien, bien. El juego de cama con guarniciones de encaje...

INÉS.

Para mi hermana.—Prontito, que luego que usted despache hemos de ir á recibirla en la estacion.

VEN.

No te afanes.

Vendrá en el segundo tren.

INÉS.

Tal creo.

VEN.

Y quizá más tarde; que no madrugan las damas de Madrid.—¡Vaya que el diantre del retrato... ¡Y justamente ser de quien es! Pues ¿y el lance de...

INÉS.

¡Por Dios, Doña Venancia...

VEN.

Voy, voy... (Bien dicen que el martes...) Ayer fué martes, Inés!

INÉS.

Bien, y hoy miércoles.

VEN.

(El cafre de mi primo... Ay!)

INÉS.

¡Vamos...

VEN.

Voy.

(Entra en la habitacion de la izquierda.)

### ESCENA III.

INÉS.

Con esa mujer soy mártir.  
Pues si ahora las dos empiezan á charlar, Dios nos ampare.  
Iré yo...

CARM.

(Dentro.) Inés!

INÉS.

Ah! mi hermana!  
¡Tan pronto... Vuelo...

(Corre hácia el foro y recibe en sus brazos á Cármen, que llega, también corriendo.)

## ESCENA IV.

INÉS. CÁRMEN.

CARM. Inés!  
INÉS. Cármen!

Cada día más hermosa.

CARM. Y tú?  
(Se dan repetidos besos.)  
Hermana mía!

INÉS. Mi ángel!

(Llegan por el foro el aya de Cármen, señora mayor, y un mozo con uno de esos baúles de viaje que llaman mundos.)

CARM. Me has llamado, y obediente...

INÉS. Gracias.  
(Indicando la puerta lateral de la izquierda.)  
Allí el equipaje.—

Esta señora...

CARM. Mi aya.  
Sígale usted, Doña Práxedes.

(El aya hace una salutación muda y entra con el mozo en dicha habitación.)

Aquel es mi cuarto?

INÉS. El nuestro  
querrás decir.

CARM. Ah! bien, bien.

INÉS. Las dos dueñas venerables  
se alojarán en aquel.

(El que era de Inés y Venancia en el acto primero.)

CARM. Mejor.

INÉS. Mas no han acabado  
de aviar... Ven aquí, ven...  
Hablarémos...

(Se sientan.)

No esperaba  
tener tan pronto el placer  
de abrazarte.

CARM. Cármen...?

Recibo anoche el papel  
 en que dices á tu hermana:  
 «Ven: te necesita Inés»;  
 las horas se me hacen siglos,  
 y pudiendo, amiga fiel,  
 volar á ti en el primero,  
 ¿cómo hasta el segundo tren  
 diferirlo?

INÉS.                                ¡Cuando digo  
 que eres un ángel...

CARM.                                ¿Y qué...  
 Dime...

INÉS.                                Te habrás levantado,  
 querida, al amanecer...

CARM.                                Qué importa?

INÉS.                                Haré que te sirvan  
 algo...

CARM.                                Ahora nada. Despues...  
 Tomé en Madrid chocolate.

(Vuelve el mozo de vacío y se retira por el foro.)

INÉS.                                Supongo que te tendré  
 una temporada aquí.

CARM.                                Veremos...

INÉS.                                Siquiera un mes.

CARM.                                No tanto.—Pero habla: estoy  
 en ascuas hasta saber  
 para qué con tanta urgencia  
 me haces venir á Aranjuez.  
 Alguna desgracia?

INÉS.                                (Ay!) No;  
 al contrario...

CARM.                                Dime pues...

INÉS.                                Un lance imprevisto, raro,  
 inaudito.

CARM.                                ¿Cuándo...

INÉS.                                Ayer.

CARM.                                Funesto?

INÉS.                                De todo tiene,  
 de tragedia y de entremes.

CARM.                                ¿El héroe...

INÉS.                                Un traidor.

CARM.                                ¿La víctima...



INÉS. Todavía no lo sé.

CARM. ¿Qué misterio...

INÉS. Y bien pudieran  
ser dos...

CARM. Dos!

INÉS. Acaso tres.

CARM. ¿Cómo...

INÉS. Antes de referirte  
mi aventura, es menester  
que hagas conmigo un exámen  
de conciencia.

CARM. (Sonriéndose.) Sí! Le haré.

INÉS. Es libre tu corazón?

CARM. Libre? Lo es y no lo es.—

Ya que eres tú misteriosa,  
quiero serlo yo también.

INÉS. Tú me escribiste que te ibas  
á casar...

CARM. No te engañé.

El novio me importunaba,  
y hube de decirle amén.

INÉS. (Ah!) El nombre?

CARM. Don Claudio Robles,  
natural de Santander;  
un capitalista...

INÉS. Y... ¿le amas?

CARM. Creo que no; mas, ya ves,  
sin padres y sin marido,  
qué hace una pobre mujer?—  
Su persona... no repugna,  
aunque no es mozo novel...  
Mas ni aún para requetarme  
acierta el buen montañés  
á poetizar un poco  
su jerga de mercader.  
Oh! me tiene ya abrumada  
de giros y pagarés  
y pólizas y talones...  
Mas no romperá la fe  
jurada como...

INÉS. En tu pecho  
¿quedaron chispas tal vez

de otro amor...

CARM.                   Reminiscencias  
que no me impiden comer  
y dormir tranquilamente.  
¿Yo amor á un falso, á un infiel...  
Odio más bien... No, ni aún eso,  
desvio...

INÉS.                   Cármén!

CARM.                   Desden.

INÉS.                   (Dios lo haga!) En fin, pues te casas  
con otro, debo creer...

CARM.                   Me caso por conveniencia,  
y acaso por altivez.  
Creerá aquel necio que aún tiene  
sobre mi alma algun poder  
si permanezco soltera.

INÉS.                   Para otro será el laurel  
más que para ti. Á don Claudio  
puedo dar el parabien;  
á tí..., yo no sé...

CARM.                   Á los dos.

INÉS.                   Y dime, ¿has vuelto á saber  
del otro...

CARM.                   Nada. Reñimos—  
un año hará en San Andrés—  
y á decirte la verdad,  
pueril el motivo fué.  
Por celos..., ó por orgullo,  
que uno y otro pudo ser,  
le habia exigido yo  
la sumision de un lebel.  
Si blanda y dulce al principio,  
paracióle al fin mi ley  
degradante... Tascó el freno,  
yo resistí y porfié...  
En fin, querida, tronamos;  
se fué rebotando hiel;  
y ni yo quise llamarle  
ni él ha vuelto á parecer.

INÉS.                   No lo debes extrañar.

CARM.                   Don Claudio es todo al revés.  
No me deja á sol ni á sombra.

No se agarra á la pared  
tan tenazmente la hiedra  
como... Oh, Dios, qué pesadez!  
Gracias al ferro-carril  
hoy me veo libre de él,  
y aún me parece mentira.—  
Pero acaba: ¿no sabré  
con qué objeto...

**INÉS.** Antes—perdona—  
quiero que me digas quién...

CARM. Quién fué el primer aspirante?

INÉS. (Tiemblo!)

CARM. Don Carlos Rangel...

INÉS. (Ah!)

CARM. Tu semblante se altera!—

Conde de Valonga.

INÉS. Él es!

(Se levanta y Cármen también.)

Ay Cármen!

(La abraza.)

CARM. Qué! le conoces?

INÉS.      Sí.

CARM.           Cómo!

INÉS. Está en Aranjuez.

CARM. Ah! Es tu huesped?

INÉS. Más!

CARM. . . . . Tu amante?

INÉS. Aun más!

CARM. Dilo de una vez.

INÉS. Es mi prometido esposo.

CARM. Tu esposo! (Dios de Israel!)

Recibe mi enhorabuena.

INÉS. Permíto que me la des,  
mas sólo por verme libre  
de las garras de Luzbel.

CARM. ¡Cómo...

INÉS.                   Tras larga porfía,  
y no por conde ó marqués;  
que yo nunca he deseado  
salirme de mi nivel,  
sino... porque me agradaba,  
que no te lo negaré,

ayer fué tal su elocuencia,  
ó tanta mi candidez,  
que, por mal de mis pecados,  
el fatal sí pronuncié.—  
Pero no estaba de Dios  
que yo cayese en la red.  
Me propuso que cambiásemos  
los retratos; le entregué  
el mio; él me prometió  
traerme al anochecer  
el suyo; me dió esta caja;  
tenía prisa; se fué;  
abro la caja, y en ella  
veo... (Abre la caja.)

CARM.                      Qué? (Mira el retrato.)

INÉS.                      Lo que tú ves.

CARM.      Mi retrato! Oh bastardia!  
Nunca le reconvendré  
por su inconstancia, no; que ántes  
se la debo agradecer;  
pero despreciarme así!  
¡Blasonar el descortes  
de caballero, y portarse  
como un villano soez!—  
Ah! perdóname. Él te adora,  
vá á ser tuyo, y mi deber...,  
mi cariño...

INÉS.                      No prosigas.

Postiza fuera en mi sien  
la corona de Condesa.

CARM.      No; y aún es poco: un dosel  
mereces...

INÉS.                      Vo!

CARM.                      No á mi orgullo  
sacrifiques tu interes.

INÉS.      Mi interes! Por Dios, no me hagas  
una injuria tan cruel.

CARM.      Tu amor queria decir,  
tu ventura...

INÉS.                      Si le amé  
miéntras no supe que un dia  
besó cautivo tus pies,

ya le odio...

CARM. (Abrazándola.) Hermana de mi alma!

INÉS. Por ti, por mí, y por mujer.

Yo, la última de mi sexo,  
su dignidad sostendré.

Eso que llamas amor  
fué..., qué se yo?, una sandez,  
un vértigo... Yo no puedo,  
Cármen, ni debo querer  
á nadie, á nadie en el mundo  
sino á ti.

CARM. Mi buena Inés!

INÉS. Y ¿qué sabemos .. Acaso...

CARM. Qué?

INÉS. Acaso os reconcilieis...

CARM. Jamás!

INÉS. Por qué no? Él vendrá  
á decir: «Señor, pequé!»  
luégo que su error advierta.  
Yo no le daré cuartel.

CARM. Confundámosle las dos...

INÉS. No, no: á ti no te está bien...

CARM. Cierto. Pensaria el fatuo  
que, vencida mi esquivéz,  
vengo á implorar...

INÉS. Un carruaje!

Sin duda es su cabriolé. —

Vete; no nos vea juntas.

Yo sola seré su juez;  
pero juez inexorable.

(Acercándose al foro.)

Ya sube!

CARM. (¡Y yo en *negligé*  
de viaje!) Adios!

(Entra precipitadamente en la habitacion designada.)

CONDE. (Á la puerta.) (Aqui está.)

Con permiso...

INÉS. Pase usted.

## ESCENA V.

INÉS. El CONDE.

CONDE. (Qué grave!) Inés!... Prenda amada!...  
No sé cómo dar principio...  
Furiosa estarás sin duda...

INÉS. Yo...

CONDE. Pero suspende el juicio  
hasta oirme.—Pensé anoche  
verte en el palco, bien mio;  
pero no me fué posible.  
El correo fué prolijo,  
y despues el Presidente  
del Consejo de Ministros  
me llamó para un asunto...  
Yo no sé si ya te he dicho  
que aspiro á ser diputado...

INÉS. Eh!

CONDE. Pues me ofreció un distrito...

INÉS. Qué me importa? Al grano, Conde.

CONDE. En fin, á las doce y pico  
me retiré.—¿Pensarás  
que fué mi sueño tranquilo?  
No, que si el pesar desvela,  
tambien el gozo excesivo.  
Me levanté con la aurora,  
siempre el pensamiento fijo  
en la gloria que me espera  
con poseer tus hechizos.  
No sabiendo en qué ocuparme  
para hacer tiempo, registro  
la papelera, y advierto  
que anoche—atroz desatino!—  
en lugar de mi retrato,  
te entregué—ya lo habrás visto—  
otro... Ah! ten piedad de mí.

(Queriendo arrodillarse é impidiéndosele Inés.)

Mírame á tus pies contrito.

INÉS. Quieto! No gusto de farsas.

CONDE. Mi bien!...



casual. Ni á usted convenia  
hacer de mi fé ludibrio  
infame...

CONDE. De ningun modo.

INÉS. Ni yo en tan poco me estimo,  
que expuesta me crea nunca  
á un ultraje tan indigno.  
Pero el retrato en cuestion  
es de una hermosa. ¿Á qué título  
podia usted poseerlo  
sino al de amante?

CONDE. (Preciso  
será mentir.) ¿Por qué no  
á fuer de deudo propincuo...

INÉS. De hermano tal vez...

CONDE. Cabal:  
su hermano soy.

INÉS. (Hombre inicuo!)  
Es usted un impostor.  
Yo conozco...

CONDE. (Soy perdido!)  
¿La conoce usted...

INÉS. De vista.

CONDE. Yo... (Me corto como un niño.)  
(Con resolucion despues de una breve pausa.)  
He mentido, sí: á tal mengua  
me arrastró, Inés, el peligro  
de perderte. Aquel retrato,  
que ya detesto y maldigó,  
es de una jóven á quien,  
no por amor, por capricho,  
obsequié. Va á hacer ya un año  
que la condené al olvido  
por vana y superficial;  
mas dado que mi cariño  
hubiera sido sincero,  
¿por qué más tierno y más fino  
no has podido tú inspirármelo  
cuando tanto en atractivos  
la aventajas?

INÉS. Nada de eso.  
(Valor!)



- CONDE.           ¿Es algun prodigio  
galantear una en pos de otra,  
siendo diversos sus tipos,  
á dos mujeres un hombre?  
¿Quién no prefiere á los tibios  
rayos de la instable luna  
del sol el radiante disco?  
¿Quién, ántes de cautivar  
para siempre su albedrio,  
en escarceos galantes  
no se ejercita novicio?  
¿Quién, en fin, cuando alma y cuerpo  
conservan todo su brio,  
tras de la primer campaña  
se retira del servicio?
- INÉS.           Basta. (Si le dejo hablar  
va á dar al traste conmigo.)
- CONDE.           Ahora bien, huya la nube  
que eclipsó mi astro benigno,  
y dame el retrato intruso.
- INÉS.           Muy bien. Trae usted el mio?
- CONDE.           ¿Qué escucho! No es ese el cambio  
que yo...
- INÉS.                       Pues otro no admito.
- CONDE.           Crueldad!...
- INÉS.                       No es sino cordura.
- CONDE.           No hay arbitrio?
- INÉS.                       No hay arbitrio.
- CONDE.           ¡Privarme yo de tu dulce  
imágen! Tal sacrificio  
es superior á mis fuerzas;—  
pero ¡nada de egoísmo!  
(Saca un retrato.)  
Aquí te traigo la mia.  
Tómala: yo te suplico...
- INÉS.           Para qué la quiero yo?
- CONDE.           Ingrata!... Mira: no exijo  
que me vuelvas el retrato  
con que anoche inadvertido  
te sorprendí. En hora buena  
guárdale—yo lo permito—  
como trofeo...

INÉS. Mil gracias.  
Ni yo á trofeos aspiro,  
ni el busto que usted desecha  
es el que yo necesito,  
sino el mio.

CONDE. Pues perdona,  
que no le suelto ni á tiros.

INÉS. Conde, esa accion no es de conde,  
sino...

CONDE. De qué?

INÉS. De bandido.  
(¡Ay, que el alma la agradece  
aunque la condena impío  
el labio!)

CONDE. Si no te amase  
¿pondria yo tanto ahinco  
en conservar...

INÉS. Bien: por eso  
no tendremos un litigio.  
Mas ¿qué valé poseer  
el trasunto mudo y frio,  
si nunca el original  
será de usted?

CONDE. Es de risco  
tu corazon. Nunca!

INÉS. Nunca:  
pongo al cielo por testigo.

CONDE. Adios!  
(Da algunos pasos hácia el foro.)

INÉS. Abur!—Oiga usted!

CONDE. (Volviendo.)  
Ah! ¿Cedes al fin...

INÉS. Delirio!—  
Venga ese retrato.

CONDE. Oh! toma,  
y el alma...

INÉS. Tenga entendido  
el señor Conde que sólo  
en rehenes le recibo  
del que guarda á mi pesar.

CONDE. Pero...

INÉS. Así me garantizo

de ser mañana *trofeo*  
de otra beldad.—Mas qué digo?  
Por breves horas le guardo,  
porque de usted no me fio.

CONDE. ¡Nunca...

INÉS. Hoy se ha de hacer el canje,

CONDE. Pero, hija, ¿es posible...

INÉS. Hoy mismo.

CONDE. Oye...

INÉS. Antes que el sol se ponga  
vuelve á mis manos el mío,  
ó clavo este en un balcon  
para escarmiento de pícaros.  
(Entra en la habitacion de la izquierda.)

## ESCENA VI.

EL CONDE.

¡Qué energía de mujer  
tan impropia de este siglo!—  
Pero ¡que haya sido yo  
tan loco, tan torbellino!...  
Guardaba el busto de Cármen,  
porque en efecto es bonito,  
y por necia vanidad  
que hoy lleva justo castigo.  
Reniego de mi torpeza!—  
Pues me luzco, vive Cristo!,  
si cumple Inés su amenaza.  
¡Condenado yo al suplicio  
que sufre el pobre murciélago  
cuando muchachos malignos  
le prenden! No habrá en Europa  
personaje tan ridículo  
como yo.—No, no hará tal.  
Se picó, tiene puntillo,  
y es natural que me trate  
con enojo y con desvío;  
pero pasará el chubasco  
y en su corazon sencillo  
volveré á reinar: no hay duda.

Lo cierto y lo positivo  
es que tomó mi retrato,  
y este es vehemente indicio  
de que me ama todavía.  
De otro modo, no concibo  
que le recibiera Inés  
ni áun para darle martirio.  
(Medita en silencio.)

## ESCENA VII.

EL CONDE. CÁNDIDO.

- CAND. (Otra vez aquí me trae  
la ojeriza de mi signo.)
- CONDE. (Venceré, sí: será mia.)
- CAND. (¿Qué veo! El Conde maldito!)
- CONDE. (Volveré...  
(Viendo á Cándido.)  
Calle! ¡Otra vez  
ese burlesco individuo!  
(Riéndose )  
Ya me perezco de risa  
sólo de verle.) Hola, amigo!  
¿Vuelve usted á la querencia  
de Venancia? Es buen partido.
- CAND. Vuelvo á lo que vuelvo. Á usted  
¿qué le importa?
- CONDE. ¡Siempre esquivo  
y gruñon!—Yo, si merezco  
tanta honra, seré el padrino...
- CAND. Hum!...
- CONDE. Y dotaré á la novia.
- CAND. (No sé cómo me reprimo.)  
(Con ira.)  
Señor Conde!...  
(Risotada del Conde.)
- CONDE. «Paso al loco!»  
(Se va, riendo á carcajadas.)
- CAND. (Siguiendo al Conde.)  
Oiga usted, caballero!...

## ESCENA VIII.

CÁNDIDO.

(Volviendo.)

No! Si ahora doy otro escándalo  
dirá Inés que soy un discolo,  
no querrá verme ni oirme...  
Dejemos á ese aturdido...  
Pero si da en hostigarme,  
aunque soy manso y pacífico  
harto será que algun día  
no le rompa yo el bautismo.

## ESCENA IX.

CÁNDIDO. INÉS.

INÉS. (Saliendo.)

(Ya el sacrificio está hecho,  
y no me pesa.) ¿Qué miro!  
Huyamos...

CAND. (Cayendo de rodillas.)

¡Óigame usted,

Inés!... Por Dios se lo pido!

INÉS. Bien. (Tratarle con dulzura  
es mejor.) Hable usted, sí,  
pero no en esa postura.

CAND. (Levantándose.)

Se ha espantado usted de mí?

INÉS. ...No...

CAND. Qué mucho? Tanta fué  
anoche mi extravagancia,  
y tanto me exasperé  
con el Conde y con Venancia...  
Mas si con él y con ella  
fuí tan hosco y tan huron;  
para usted, linda doncella,  
no hay hiel en mi corazón.

INÉS. (Recapacitando.)

(Sí..., esa cara...)

CAND.                                  Aquella arpía  
me reconoció al momento;  
y usted, Inés—suerte impia!—,  
usted no!

INÉS Perdon... Yo siento...  
Algo al ver á usted, sí, algo  
recordó la mente mía...

CAND. Es tan poco lo que valgo,  
que aún ese *algo* es gollería.

INÉS. Otra vez pido perdón  
si mi memoria es premiosa,  
mas no era mi situación,  
ni aún lo es hoy, para otra cosa.  
Cuidados muy graves...

CAND. Pues—  
perdone usted mi osadía—  
preciso será que Inés  
oiga mi biografía.

INÉS. Bien, sí, bien.

\*CAND. Nací en Griñon...

INÉS. Yo también.

CAND. En dia opaco,  
bajo la constelacion  
más pícara del Zodiaco.  
Poco pude yo estudiar  
criándome entre barbechos;  
no obstante, fuí en mi lugar—  
ahí es nada!—fiel de fechos.  
Me dió, miéntras lo ejercí,  
carga de tal entidad  
una racion de hambre...

INÉS. (Sonriéndose.) Sí

CAND. Y otra de necesidad.—  
Una niña sin fortuna  
crecía hermosa á mi lado,  
hija de Pedro Laguna  
mi amigo...

INÉS. Oh padre adorado!

(Entre dientes.)

¿Será...

CAND.                      Qué?

INÉS. Siga usted.

- CAND. Sigo.  
¡Cuántas veces—no me riña  
usted si ahora se lo digo—  
cuánto besé á aquella niña!—  
Mas sin gravar mi conciencia.
- INÉS. (Sonriéndose.)  
Ya.
- CAND. Ella párvula, yo adulto,  
creo que...
- INÉS. Sin penitencia  
concedo á usted el indulto.
- CAND. Despues (ay!) la recibió  
de los brazos de su padre  
otra niña que mamó...
- INÉS. De los pechos de mi madre.
- CAND. Criada Inés en la Corte,  
de la cuál fué gala y prez,  
quedé yo con su transporte  
como sin el agua el pez.  
Andando el tiempo, el papá  
de la otra, Don Juan Peralta...
- INÉS. Todo lo recuerdo ya.
- CAND. Sí?
- INÉS. (El nombre sólo me falta.)
- CAND. Por influjo del buen Pedro  
me recibió de amanuense.  
Á él debí tan alto medro..
- INÉS. Medro!...
- CAND. Dios le recompense.—  
La que con gracia infantil  
vi triscar por las praderas,  
ya era una moza gentil  
de dieciseis primaveras.
- INÉS. Cándido!...
- CAND. Gracias á Dios!—  
Y atribulado mi pecho  
desde que, oh cielo! á los dos  
nos cobijó el mismo techo...
- INÉS. Sí. (Pobre Cándido!)
- CAND. El que era  
cariño angélico un dia,  
llegó á ser voraz hoguera,

delirante idolatría.

INÉS. Basta!

CAND. (Con despecho.)

Por qué ha de bastar?

Cuando nada más exijo,

y eso bien á mi pesar,

por qué no oirme?

INÉS (Le aflijo...)

Hable usted.

CAND. Temí—era claro—

incurrir en su desprecio;

que aunque raro, no tan raro;

y aunque necio, no tan necio.

Sufria pues y callaba,

y en un año, aunque sentia

viendo á usted caer mi baba,

no dije esta boca es mia.

Y en vano callé mi afan,

porque le hacian patente,

ya un congojoso ademan,

ya un suspiro impertinente,

y al mirar—aciaga estrella!—

mis gestos de pitonisa,

más de una vez á mi bella

le retozaba la risa.

INÉS. No á una pasion, á un resabio

los achaqué, á un accidente...,

y si alguna vez mi labio

rió involuntariamente...

CAND. Lo excuso. Hizo usted muy bien

en sacar, Inés, su escote.

¿Á quién no dan risa, á quién

las muecas de un pasmarote?—

Pero yo no me arredré;

que en mi supina ignorancia

todo, ay Dios! con ciega fe

lo convertia en sustancia,

y aunque con tales premisas

debia darme por muerto,

en una de aquellas risas  
creí ver el cielo abierto.

«Tanto callar es ya mengua,



dije para mí: no en vano  
me ha dado Dios una lengua  
como á todo fiel cristiano.»  
Y el diablo me hizo orador,  
y al adorado tormento  
declaro al fin—pecador!—  
mi atrevido pensamiento;  
y á mi discurso elocuente  
la bella—hay horas menguadas!—  
respondió con un torrente  
de sonoras carcajadas.

INÉS. Ligera fuí, lo confieso.

CAND. No; ligera, no; jovial...

INÉS. Pero aquel cómico acceso...

CAND. Fué una pifia garrafal.

INÉS. No crea usted que altanera  
olvidé yo mi humildad;  
pero... si usted considera...

CAND. Qué?

INÉS. Que me dobla la edad...

CAND. Oh! sí, ese argumento es serio...,  
y en buen criterio..., y con calma...  
Pero ¿quién tiene criterio  
cuando está en un horno el alma?—  
En fin, tras la horrible escena,  
huí como un malhechor!...

INÉS. Dando á todos mucha pena.

CAND. Á usted tambien!

INÉS. Sí, señor.

CAND. Ah!...

INÉS. Indagamos con prolijo  
cuidado, pero infecundo...

CAND. Gracias.

INÉS. Como usted no dijo  
adónde iba...

CAND. Al otro mundo.

INÉS. Santo Dios!

CAND. Al mundo nuevo  
quiero decir, y es notorio.  
No soy, aunque aquí le llevo,  
(Con la mano en el pecho.)  
ánima del purgatorio.—

Aprendiz de mercader,  
mi buen amigo Emeterio  
á la vela se iba á hacer  
con rumbo á aquel hemisferio.  
Esperando hacer negocio  
con un modesto caudal,  
me propuso ser su socio  
aunque me vió sin un real.  
Firmar sólo, y de mal modo,  
sabía el capitalista,  
y aunque inepto para todo  
soy yo muy buen pendolista.  
Nos embarcamos en Vigo  
con pacotilla y libranzas,  
y arribando yo y mi amigo  
á la ciudad de Matanzas,  
le dije harto de la vida:  
«El nombre es de buen presagio.  
Prepara la despedida  
y una misa en mi sufragio.»

INÉS

CAND.

Qué ideas!  
Y aunque es allí  
de tantas vidas cuchillo,  
nunca visitado fuí  
por el tífus amarillo.  
Vino el cólera despues  
navegando á todo trapo,  
y dije entónces, Inés:  
«De esta sí que no me escapo.»  
Ya ha habido un *caso*, y funesto,  
nos dijo el facultativo,  
y yo exclamé: «Un *caso*? Apuesto  
á que soy yo el *genitivo*.  
¡Por Dios, Cándido...

INÉS.

CAND.

No obstante,  
mi juicio fué temerario.  
Ni el cólera fulminante  
me mató ni ja... Al contrario:  
para que usted se convenza  
de que en todo soy grotesco,  
tuve la poca vergüenza  
de engordar como un tudesco.

INÉS. ¡Vaya una ocurrencia... ¿Cómo quiere usted que no me ría...

CAND. Ría usted: ya no lo tomo tan á mal como solía.  
Aunque es tanta mi sandez,  
sé ya, á fuer de escarmentado, (Con amargura.)  
que puede un hombre á la vez  
ser gracioso y desgraciado.

INÉS. Cándido!

CAND. Voy á dar cima  
á mi molesto relato.

INÉS. Molesto, no.

CAND. Si: dá grima  
la historia de un mentecato.  
En los seis años y un tercio  
que duró la sociedad,  
nunca vió nuestro comercio  
la cara á la adversidad.  
Al fin, de la fiebre insana  
murió mi pobre Emeterio;  
¡él, que maldita la gana  
tuvo de ir al cementerio!  
Y heredero universal  
me nombró—era solteron—,  
y así junté un capital  
que asciende á medio millon.  
INÉS. Doy á usted mil parabienes...  
CAND. La imagen de mi adorada,  
que á pesar de sus desdenes  
(Con la mano en el corazon.)  
siempre estuvo aquí grabada,  
más que nunca hermosa y pura  
me puso el cielo delante;  
y no por eso—locura!...  
me soñé feliz amante;  
que, aunque es tanto mi embeleso,  
sé respetar su decoro,  
y con todos los de Creso  
no se compra ese tesoro.  
Mas dije: miéntras me oprime  
mi estéril prosperidad,  
quizá la que adoro gime

en desvalida orfandad;  
quizá ofrecerle mi amparo  
pueda en tu suerte cruel,  
si no como esposo caro  
como amigo honrado y fiel.  
Y me embarco, y me desvivo  
por llegar... Ay triste! á qué?  
Á ser tan intempestivo  
como lo fuí... cuando hablé.

INÉS. No, no: usted me juzga mal.  
Soy su amiga verdadera.

CAND. Amiga? Vamos..., tal cual...  
Creí que ni eso siquiera...—  
Pues si lo es usted, ahora  
va á darme una prueba de ello.  
Va usted á ser gran señora...  
Bien: lo aplaudo y no resuello.  
Mas temo que el Conde un dia,  
si hoy en eso no repara,  
vano con su jerarquía  
eche á usted la suya en cara.  
Para que si tal hiciere  
no sufra usted un sonrojo,  
un arbitrio me sugiere  
mi afecto...

INÉS. ¡Cómo...

CAND. Y no flojo.

Ya no hay nobles ni plebeyos:  
todo el dinero lo iguala,  
los tunos y los Pompeyos,  
la duquesa y la oficiala.  
Ahora bien, querida Inés,  
á falta de ejecutoria  
y de un gótico paves  
de venerable memoria,  
sea usted, que lo seguro  
es esto, mujer de arraigo.

INÉS. Yo!...

CAND. Lleve en dote el futuro  
el medio millon que traigo.

INÉS. Cándido!... (Qué corazón!)  
¿Cómo he de admitir...

CAND. Sí tal.

Yo ganaré mi ración  
escribiendo en un portal.

INÉS. No olvidará el alma mía  
un rasgo tan generoso;  
mas ni aceptarle podría...  
ni el Conde será mi esposo.

CAND. ¿Qué escucho!

INÉS. Rebelde fui  
yo tambien en mi pasion  
á lo que exigen de mí  
la prudencia y la razon.

CAND. ¿Quién creyera... ¿Acaso infiel...

INÉS. Sí; un desengaño oportuno...

CAND. No se casa usted con él!

IXÉS. Ni con él, ni con ninguno.

CAND. Ay! quien así me responde...

INES. Debe responder así.  
Ni yo nací para el Conde...  
(Con sentimiento.)

ni usted nació para mí.

CAND. Bien veo...

INÉS. Y pues Dios no quiso  
que nos casemos los dos,  
resignarnos es preciso  
con la voluntad de Dios.

CAND. Hágase—¿cómo ha de ser!  
hágase su voluntad.

INÉS. Cuanto yo puedo ofrecer  
es la más tierna amistad...

CAND. Eso mi dolor mitiga,...  
ya que otra cosa no cuadre...

INÉS.      Como no he de ser yo amiga  
de quien lo fué de mi padre?  
Y aún es poco para un hombre  
de alma tan bella que ufana  
amiga suya me nombre.

CAND. (Enternecido.)

Poco!...

INÉS. (Enterneceida tambien.)

Quiero ser su hermana.

CAND. Y maldecia mi suerte!

- Ya no.—Perdona... si el llanto...
- INÉS. No es sólo usted quien le vierte.
- CAND. Ángel!... Merezco yo tanto?
- INÉS. No me hará usted el ultraje,  
supongo, de irse á otra casa.
- CAND. (Embelesado.)  
No.
- INÉS. Que venga el equipaje.
- CAND. Bien... (No sé lo que me pasa.)  
Voy...
- INÉS. Vuelva usted pronto, sí?  
Le preparo una sorpresa...
- CAND. ¿Qué...
- INÉS. Hay otra persona aquí  
que por usted se interesa.
- CAND. ¿Quién...
- INÉS. (Con dulzura.)  
Luégo.—Venga esa mano.
- CAND. (Dándosela.)  
La mano!... ¡Oh cuánto me engrío...
- INÉS. Adios, mi querido hermano!
- CAND. (Besando la mano de Inés.)  
Inés!... Dios mio!...  
(Soltándola y alzando los ojos.)  
(Dios mio!)

## ESCENA X.

INÉS.

Pobre Cándido!... ¡Ah, qué ciegas  
son las humanas pasiones!  
¿Por qué, ay Dios! yo que en mal hora  
dí abrigo á necios amorés,  
lince para sus defectos  
y para sus prendas miope,  
no premio con todo el mio  
aquel corazon tan noble?  
¿Por qué...

## ESCENA XI

INÉS. CÁRMEN.

CARM. (Vestida con esmero.)

Inés!—Ah! estás aquí.

Por qué á mis ojos te escondes?

INÉS. Un encuentro inesperado...

CARM. Un encuentro! Ha vuelto el prócer?

INÉS. No.—Qué linda y qué elegante!

CARM. Te gusto?

INÉS. Sí. Por mi nombre

te juro que le darías,

si ahora apareciese, el golpe

de gracia.

CARM. Ni tal pretendo,

ní espero...

## ESCENA XII.

INÉS. CÁRMEN. VENANCIA. D. CLAUDIO.

VEN. (Adelantándose.)

Don Claudio Robles.

CARM. Eh? Ya me asombraba yo...

Dígale usted que perdone...,

que no estoy...

CLAUDIO. ¿Por qué gravar

con mentira tan enorme

el *debe* de esa infeliz?

CARM. ¿Por qué viene usted adonde

no es llamado?

CLAUDIO. Amor me guía...

CARM. Su amor de usted me corrompe,

INÉS. (En voz baja.)

Cármén!

CARM. ¿Adónde iré yo

que no me persiga ese hombre?

VEN. (Otra historia!...)

CLAUDIO. Mi querella

es más justa y más acorde

con el Código. ¿Por qué,  
sin decir oste ni moste,  
se ha trasapelado usted...

CARM. Yo no doy satisfacciones.

CLAUDIO. Las pido con humildad  
á fuer de socio y consorte.

CARM. No lo es usted todavía.

CLAUDIO. No, pero estando conformes...

CARM. Y cómo ha venido usted?  
¿Por quién ha sabido ó dónde...

CLAUDIO. Vivimos pared por medio...

CARM. Asi que vuelva á la Corte,  
me mudo.

CLAUDIO. Vaya por Dios!—  
Apénas el alba rompe,  
oigo en el cuarto de usted  
abrir puertas, rodar cofres...  
Si estará mala mi novia?,  
dije. En esto pára un coche.  
Gran Dios! quién será?, exclamé:  
el médico? el sacerdote?

INÉS. Eh!...

CARM. Fa!...

CLAUDIO. Salto de la cama,  
me pongo los pantalones...

CARM. Hum! Suprima usted...

CLAUDIO. En fin,  
me visto, salgo á galope,  
llamo á la puerta de usted  
temblando como el azogue...  
¡Ya se habia consumado  
el fatal *déficit*!

CARM. (Á Inés riéndose.)

Oyes?

CLAUDIO. Con la fuga clandestina  
quedé por el pronto inmóvil.  
Pido en vano á los criados  
algun dato, algun informe...  
Por dicha, sobre la mesa  
encuentro esta carta-órden...  
(Enseña un papel.)

INÉS. Ah! mi parte telegráfico.



CLAUDIO. En un simon sucio y pobre  
me dirijo á la estacion...  
Tarde! El tren llegaba entónces  
á Pinto. Pero otra máquina  
aquí me trajo á remolque  
en un tren de mercancías...

CARM. Que es el que á usted corresponde.

CLAUDIO. Cruel!

CARM. Le aconsejo á usted  
que vuelva la proa al Norte  
y me deje en paz.

CLAUDIO. ¿Así  
se amortiza, *vélis, nólis*,  
un crédito...

CARM. Yo no gusto...

CLAUDIO. Ah!

CARM. De un novio *polizonte*  
que invade mi tocador,  
que intercepta—accion ignoble!  
mis papeles, y me sigue,  
y me muele dia y noche.

CLAUDIO. Inés!..., si es usted la Inés  
que...

INÉS. Sí.

CLAUDIO. No-sea usted cómplice  
de una insolvente. Interceda...

INÉS. Sí.

(Aparte con Cármen. Entretanto habla en voz baja  
D. Claudio con Venancia, dando á entender con sus  
ademanos que solicita tambien su apoyo.)

No le des pasaporte;  
que aunque sin duda á tus piés  
volverá el prófugo Conde,  
todavía...

CARM. Qué me importa?

INÉS. Pero este viene de molde  
para dar celos al otro.

CARM. Oh! si: tienes mil razones.  
Sí: sepa aquel fementido  
que no falta quien me adore.—  
(Á D. Claudio.)  
Quédese usted; mas le juro...

CLAUDIO. (Bien dije que al fin y al postre...)   
Cármén divina, á tus plantas...

CARM. Nada de genuflexiones,   
ó revoco...

CLAUDIO. Bien, querida. (Á Inés.)   
Ruego á usted que me acomode   
cerquita...

CARM. No. Léjos, léjos!

INÉS. (Á Venancia.)   
Haga usted que se coloque   
en la pieza del jardin.

CLAUDIO. Bien; pero pido á mi cónyuge   
presunta que á solas...

CARM. No!

No hay audiencia.

(Entra en su cuarto, la sigue Inés, y cierran la   
puerta.)

### ESCENA XIII.

VENANCIA. D. CLAUDIO.

CLAUDIO. Alma de bronce!

VEN. Sígame usted. (Esta casa   
es ya— Jesus!—otra torre   
de Babel.)

### ESCENA XIV.

D. CLAUDIO.

¡Tratar así   
á un *financiero*, á un prohombre   
del bolsin y de la alhondiga!   
Pues aunque fuese yo un drope...   
Y me he de dar por fallido?   
No! Bonita, lustre, jóven,   
y sobre dotes tan bellas   
millon y medio de dote...   
Por hacer tan buen negocio   
consentiré que me azoten.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

### ESCENA PRIMERA.

CÁNDIDO.

Entra por el foro con un ramo de flores en la mano.

Con este hermoso ramo—no sin miedo  
á mi habitual torpeza y mi mal signo—  
vuelvo... Quizá me excedo,  
que á ser cobarde su rigor me obliga;  
pero bien puede á título de amiga,  
ya que con él, ay triste! me resigno,  
recibir de mis manos estas flores.—  
Símbolo suelen ser de los amores;  
pero si el mío en ellas adivinas  
merezca, oh dulce Inés, tu tolerancia  
quien su primor te ofrece y su fragancia...,  
y para sí reserva las espinas!

CONDE. (Dentro.)

No importa. Esperaré...

CAND.

La voz del Conde.

Pues ¿cómo... si... ¡Mal haya...

Esperaré en mi cuarto á que se vaya.

(Entra en la habitación lateral de la derecha más cercana al proscenio, dejando la puerta entornada.)

## ESCENA II.

EL CONDE. VENANCIA.

- VEN. Bien está, pero ahora,... dificulto...  
CONDE. Qué es esto? Á mí antesalas!  
VEN. No hay que tomarlo á insulto.  
Está en el tocador.  
CONDE. Ah! bien. Respeto...  
(Cuando ella piensa en galas,  
sin duda...  
VEN. (Pobre Conde!)  
CONDE. (Habrá buleto...)  
VEN. Siéntese usted y pasaré recado...  
CONDE. Eh! no es su cuarto aquel...  
VEN. Si: se ha mudado.  
CONDE. ¿Qué oigo! ¿Por qué motivo...  
VEN. Lo callo aunque lo sé.  
CONDE. Pero...  
VEN. El secreto  
(Con la mano en el pecho.)  
no saldrá (harto lo siento!) de este archivo.  
CONDE. Cómo! Hable usted...  
VEN. Bien dice aquella copla:  
«Aprended, flores»...  
CONDE. ¿Qué...  
VEN. Mal viento sopla  
para mí y para usted.—Ya sale. Excuso...  
(Dos ella, y yo ninguno!) Abur! (Qué abuso!)  
(Llega Inés por la puerta de la izquierda, dejándola  
entornada.)

## ESCENA III.

EL CONDE. INÉS.

- CONDE. (¿Qué me querría decir  
esa bruja?... Por si acaso,  
estaré en guardia...)  
INÉS. (Muy serio  
viene. Si le habrán dicho algo?)

CONDE. Estoy á los pies de usted,  
Inés.

INÉS. Beso á usted la mano.

CONDE. Aunque con harta justicia  
pudiera apelar del fallo  
que contra mí pronunció  
pocas horas ha ese labio;  
ya que usted no puede verme,  
señorita, ni pintado,  
y ya que con poseerla  
en muda copia la ultrajo,  
vengo á que en debida forma  
se canjeen los retratos.

INÉS. Está muy bien, caballero.  
(Qué tono tan diplomático!)

CONDE. (Lo acepta, y sin conmoverse!  
Misterio hay, sí; mas no alcanzo...)  
No por el martirio horrendo  
de que estoy amenazado,  
y tal vez le he merecido  
por crédulo y por incauto,  
sino porque en todo quiero  
complacer á usted...

INÉS. Lo aplaudo.

CONDE. Para redimir el mio  
devuelvo á usted su traslado.  
(Lo saca y lo toma Inés.)

INÉS. Muchas gracias, señor Conde;  
pero conmigo no traigo  
el de usted ni el de mi ilustre  
antecesora. Volando...

CONDE. (Deteniéndola.)  
Cruel!, ¿cómo puede usted,  
cómo, sin pesar, sin llanto,  
si es verdad que me ha querido,  
consentir tan duro cambio?  
¿Cómo la misma que ayer  
con tal gracia y tanto halago  
me dió en este propio sitio  
el sí que anhelaba tanto,  
por capricho ó por orgullo  
hoy rompe tan dulce pacto?

INÉS. Es inútil repetir  
nuestro enojoso altercado,  
porque mi resolucíon  
fué justa, y no la retracto.

CONDE. Podrá ser irrevocable;  
justa, no. Si grave cargo  
es haber amado á otra  
el que no ha sido ermitaño,  
ántes que su corazon  
cautivasen tus encantos,  
para ella, no para ti,  
para ella ha sido el agravio.  
¿Eres su procuradora  
por ventura?

INÉS. (Ay Dios! sí.)

CONDE. ¿Cuándo  
se ha visto á nadie en el mundo,  
y ménos en los estrados  
del amor, con tanto empeño  
abogar por su contrario?  
¿Qué mujer...?

INÉS. Oh! basta. (Soy  
perdida si no le atajo.)  
Tengo razon que me sobra,  
aunque sin ella combato  
al parecer, y usted mismo  
cuando sepa lo que callo  
me la dará.

CONDE. Inés! Inés!,  
no razon, pretexto vano  
será, y cuál, harto lo infiero  
de ese circunloquio extraño.  
Tú amas á otro!

INÉS. No!

CONDE. Sí!  
Sólo así se explica el raro  
fenómeno de tomar  
por injuria y desacato  
lo que para otra mujer  
un blason sería, un lauro.  
Tú amas á otro!

INÉS. (Oh suplicio!)

Conde...

CONDE. Es inútil negarlo.

En esa zozobra veo  
tu culpa y mi desengaño.

INÉS. Yo... (No acierto á responderle.)  
Es un resto... Una... Presagios...

CONDE. Sólo me falta saber  
qué rival me ha suplantado.

INÉS. Ninguno. (¿Qué haré, Dios mío!)

CONDE. Ah! tal vez... Sí, atando cabos...  
El hombre de anoche..., aquel  
personaje extrafalarario...

INÉS. (Ah! él me abre camino...)

CONDE. Ha vuelto...

Le he visto...

INÉS. Sí, señor: Cándido  
es mi huésped y mi amigo.

CONDE. Digno amigo! Un pelagatos,  
un...

INÉS. No le deprima usted.  
(Salgamos ahora del paso,  
que luégo...)

CONDE. ¿Y será posible...

INÉS. Nos conocemos hace años.

CONDE. Y ya es antigua sin duda  
la afición...

INÉS. Quizá no tanto  
como debiera.

CONDE. En efecto,  
aquel donaire, aquel garbo,  
su elegancia...

INÉS. No hace alarde  
de primores certesanos;  
pero la áspera corteza  
no impide dar fruto al árbol:  
diamante que vale un reino  
se engendró en rudo peñasco...

CONDE. Y bajo una mala capa...  
Mas déjemonos de adagios  
y sepa yo en suma...

INÉS. En suma,  
Cándido es un héroe, un santo.

CONDE. Pero hay gustos que merecen...  
INÉS. Otro refran excusado.  
CONDE. Acabemos! Le ama usted?  
INÉS. (No hay ya otro arbitrio...) Sí, le amo.  
(Sale Cándido precipitadamente y se arrodilla á los  
piés de Inés. Trae consigo el ramo.)

## ESCENA IV.

INÉS. EL CONDE. CÁNDIDO.

CAND. Bien mio!  
INÉS. Jesus!  
CONDE. Qué es esto?  
CAND. Á tus piés...  
INÉS. Alce usted!  
CONDE. Bravo!  
INÉS. (Qué apuro!)  
CAND. Mi gratitud  
te ofrece, hermosa, este ramo...  
INÉS. Bien,... gracias...; pero... (Gran Dios!)  
(Toma el ramo y le deja sobre un mueble.)  
CONDE. Bello golpe de teatro!  
CAND. Yo...  
INÉS. (Á Cándido con enojo.)  
Levante usted, le digo!  
CAND. (Levantándose.)  
Pero...  
INÉS. (Me estaba escuchando!)  
CAND. (Á Inés en voz baja.)  
¿No<sup>a</sup> has dicho... Ay de mí! ¿Tambien  
soy ahora extemporáneo?  
CONDE. Una emboscada!... ¿Se hace esto,  
señorita, con un blanco?  
INÉS. Conde!...  
CONDE. Aleve!  
INÉS. Yo ignoraba...  
CAND. Señor Conde!...  
CONDE. Poco valgo,  
pero el decoro de usted,  
por no decir el de entrambos,  
condena esta humillacion



que ni merezco, ni aguanto.  
¡He aquí el digno rival,  
he aquí el galán bizarro  
que tu corazón me usurpa!  
¡Un cualquiera, un perdedario...

CAND. Señor mío!...

INÉS. (Á Cándido en voz baja.)

Oh! Calle usted...

CONDE. Que esquivo, á modo de pájaro  
nocturno, la luz del sol,  
y acecha, y se esconde...

CAND. Es falso.

Ni niego á nadie mi cara  
ni la de usted me da espanto.  
Por un yerro, usted lo sabe,  
entré anoche en aquel cuarto,  
y no soy huésped intruso  
en ese de donde salgo.  
Desde él, porque no soy sordo,  
no á fuer de espía villano,  
he tragado harta saliva  
durante el prolijo diálogo  
de que he tenido pendiente  
la vida—ay! sí—hasta que blando  
llevó el eco á mis oídos  
aquel benéfico *le amo*.

INÉS. (Cómo revocarle ahora?)

CONDE. Bien, pero el lance es pesado...

CAND. (Con tono sarcástico.)

*De Calderon*, como el otro.

CONDE. Eh?

CAND. Si tal, y es necesario,  
dirá usted, procurador  
de aquel insigne dramático,  
que, en obsequio de la dama  
y en su justo desagravio,  
le dé yo mano de esposo  
á estilo calderoniano.—  
Hela aquí y mi corazón  
con ella.

INÉS. Yo... Si yo...

CONDE. (Me aspo.)

INÉS. (Oh Dios mío!)

CONDE. También pullas?

Ahora veo, y lo declaro  
con gozo, que no es usted  
tan pobre y ruin adversario  
como creí; más recuerdo  
que aquel poeta afamado  
gustaba de cuchilladas  
aún más que de epitalamios.

INÉS. Cielos!... ¡Conde...

CAND. En hora buena:  
para uno y otro soy apto.

INÉS. Cándido!...

CAND. No soy ya el bobo  
de que hacía usted escarnio.

CONDE. Eh!...

INÉS. (No! Yo estoy asombrada.)

CAND. Inés ha hecho este milagro.  
Dios, á falta de otros bienes,  
me dió un corazon hidalgo  
y ardiente; pero por falta  
de entendimiento, ó de tacto,  
ó de mundo...—qué se yo?—,  
porque me faltaba acaso,  
como á la flor el rocío,  
la simpatía, el contacto  
de otro corazon amante,  
he sido adusto, misántropo,  
ridículo... Una palabra,  
la que anhelé tantos años,  
luz del alma mia ha sido  
y de mis heridas bálsamo.  
Un *le amo* en la pura boca  
de la mujer que idolatro  
ha sido—qué diré?—el *fiat*  
que me saca, al fin, del caos.

CONDE. (Qué hombre! Aunque debo matarle,  
casi me va interesando.)

CAND. Miéntas á mi ruego humilde  
rehusó tan dulce vocablo,  
todo á su gloria, á su dicha  
lo hubiera sacrificado.

INÉS. Sí!

CAND. Mas su boca celeste  
dijo—usted lo oyó—*le amó!*,  
y ufano de mi conquista  
me siento crecer á palmos.  
Oh! y la sabré defender  
combatiendo brazo á brazo,  
no con usted, con el Cid  
y con Bernardo del Carpio.

CONDE. Sígame usted...

CAND. Vamos! ..

INÉS. (Interponiéndose.)

No!

En mi casa tal escándalo!

CONDE. Cúlpese usted á sí misma...

INÉS. Déjele usted con mil santos...

CONDE. ¿Cómo sufrir...

INÉS. (Á Cándido empujándole hácia su habitacion.)

Éntre usted...

CAND. No! Protesto...

INÉS. Yo lo mando.

(Le hace entrar, echa la llave y la guarda.)

## ESCENA V.

INÉS. El CONDE.

CONDE. Muy bien! sábia providencia!  
Mas no le valdrá el amparo  
de usted, ya inspire el amor,  
ya la caridad un rasgo  
tan ingenioso...

INÉS. Uno y otro,  
que, lo digo sin reparo,  
hoy es cuando he conocido  
cuánto vale ese hombre y cuánto  
debo agradecer al cielo  
su regreso inesperado.  
Tal vez aquella palabra  
solté sin otro conato  
que el de desahuciar á usted  
si aún le quedaba algun rastro

de esperanza; mas ahora  
con gozo, con entusiasmo  
la confirmo.

CONDE. Y eso aumenta  
la cólera en que me abraso.  
¡Yo postergado á un cobarde...

INÉS. No! Él jamás ha manejado  
otras armas que la pluma;  
no rehusa sin embargo  
el duelo.—Oh! perdóne usted  
si del triunfo le defraudo...

CONDE. Señora!...

INÉS. Pero ese triunfo  
sería un asesinato.

CONDE. Siendo así... Mas si, en efecto,  
usted le ha regenerado...—  
Oh Inés!, ya que tanta mágia  
tienes, ya que por ensalmo  
haces de un idiota un hombre,  
para tan acerbo trago  
dame fortaleza. Inés!,  
dame un corazon de mármol  
como el tuyo... Ah!

(Se deja caer con abatimiento en una butaca y se  
cubre el rostro con las manos.)

INÉS. (Dios me inspira.)

Un clavo saca otro clavo.)

(Á la puerta de la izquierda en voz baja.)

Oíste?

CARM. (Á la puerta, tambien en voz baja.)

Sí.

INÉS. Ahora, ó nunca.

Sál...

CARM. Pero...

INÉS. Valor!

CARM. Yo...

INÉS. (Haciéndola salir.) Vamos!

(Cármén da algunos pasos: el Conde se levanta.)

## ESCENA VI.

INÉS. EL CONDE. CÁRMEN.

CONDE. (Eh! por qué abatirme así?  
• ¿Tan grande calamidad  
es renunciar al amor  
de una coqueta vulgar  
á quien honré demasiado...  
Bien empleado me está  
mi desengaño, y por él  
las gracias le debo dar.—  
Otra más digna de mí  
pronto me consolará,  
ya que con ella en mal hora  
quise á Cármen reemplazar.—  
Me voy sin decirle á Dios,  
y para siempre jamás...)

(Al tomar su sombrero, que dejó sobre la consola, ve  
la figura de Cármen, reflejada por el espejo, y exclama en alta voz:)

Cielos! ¿qué miran mis ojos!

¿Es figura corporal  
lo que esa luna refleja,  
ó fantástica beldad? —

No. Sonríe... ¡Oh qué divina  
aparicion! qué ojos!... Ah!  
es Cármen..., no sueño, es Cármen!  
tan hermosa... mucho más  
que cuando...

(Sueltan la risa Cármen é Inés. El Conde vuelve la  
cara.)

(Una risotada  
me responde: es natural.)  
Cármen querida! Oh sorpresa!...

CARM. (Con seriedad.)  
Yo soy.

CONDE. ¿Qué casualidad  
ó qué prodigio te trae  
á ser el iris de paz  
que me consuela despues

de tan recia tempestad?  
 INÉS. Mi varita de virtudes.  
 ¿No encomiaba usted poco ha  
 mi magia...  
 CONDE. Inés!... ¿Quién se ha visto  
 en complicacion igual?

## ESCENA VII.

INÉS. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO.

Vuelven á reir á carcajadas las dos jóvenes: el Conde se cruza de  
 brazos y las contempla en silencio: Cándido se asoma al montan.  
 te de la puerta de su cuarto.

CAND. (Desde este montante... ¡Vaya  
 un terceto...)  
 CARM. Ja, ja, ja...  
 CONDE. Reid, sí. No es para menos  
 la escena.  
 CAND. (¡Esa otra deidad...  
 Ah! la señorita Cármén!...)  
 CONDE. Reo soy. ¿Cómo negar  
 la evidencia? Pero reo  
 contrito, no contumaz,...  
 y cuando ríen mis jueces,  
 sin duda me absolverán.  
 CARM. No siempre es la risa indicio  
 de indulgencia y lenidad.  
 Cuando es ridículo el reo  
 ¿no ha de reir el tribunal?  
 CONDE. ¡Cármén...  
 CAND. (¡Tambien ella.. )  
 CONDE. Inés!...  
 CAND. (Qué apuro para un galan!)  
 CONDE. Qué conspiracion es esta?  
 (Á Cármén.)  
 Si voluble y desleal  
 me llamas—y de otro tanto  
 te pudiera yo acusar...  
 INÉS. (Á Cármén en voz baja.)  
 Demasiado!

- CONDE. Inés te venga  
de una culpa harto venial.
- CARM. Venial?
- CONDE. Contra mí las dos  
habeis concebido un plan  
diabólico...
- INÉS. Nada de eso.  
Usted no debe culpar  
á nadie sino á sí mismo.
- CONDE. Es verdad, sí, sí, es verdad;  
pero burlarme la una  
y apretar la otra el dogal...  
¿Quién ha visto en dos rivales  
tan negra complicidad?  
Y ¿qué talisman, estando  
la una aquí, la otra allá...
- INÉS. Yo lo explicaré. Si usted  
no fuese un loco de atar,  
no ocurriera en los retratos  
el viceversa fatal...
- CAND. (De buena escapé!)
- INÉS. Á que yo  
debo mi felicidad.
- CAND. (Oh!...)
- CARM. Inés mia!
- INÉS. La oye usted?
- CONDE. Mas ¿quién pudo imaginar  
que las dos confabuladas...  
Lazos de antigua amistad  
sin duda...
- INÉS. Más fuerte vínculo  
nos une, amor fraternal.
- CAND. (Son dos ángeles! Yo lloro...)
- CARM. No la quisiera yo más  
si, como hermana de leche,  
fuese mi hermana carnal.  
(La abraza.)
- INÉS. Bendita!... Y en Aranjuez  
hay telégrafo...
- CONDE. Ya, ya...
- INÉS. Y veo al pié del abismo  
á mi númen tutelar,

á Cándido ..

CAND. (Oh gloria! oh júbilo!)

CONDE. Muy bien...

INÉS. He aquí el talisman.

CONDE. ¡Y he aquí un cuadro sublime  
y patético, en el cual  
hago yo entre tantos ángeles  
el papel de Satanas!

INÉS. No: yo interpongo mi ruego,  
y no será ineficaz,  
para que Cármen otorgue  
la absolución...

CARM. No, no la hay  
para..

INÉS. Fué tu amor primero:  
no hay diferencia esencial  
entre su cuna y la tuya,  
entre tu edad y su edad.  
Si de tu Eden en mal hora  
fué desterrado ese Adan,  
no hay justicia en fulminarle  
un proceso criminal  
porque, creyéndose libre,  
no se pudo conformar  
con ser segunda edicion  
del alma de Garibay.

CONDE. Ciertó. ¿Qué crimen nefando  
ó de lesa majestad  
es el mio? Ser sensible,  
vivir sólo para amar...

CAND. (Como yo!)

CONDE. Justo sería  
acusarme de falaz  
si como una tras la otra  
os amase yo á la par;  
pero si las dos sois bellas  
y mi pecho es un volcán;  
y á ser cesante en amores  
no me puedo resignar,  
(Á Cármen.)  
¿qué mucho si de tus gracias  
cedí primero al imán ..



CAND. (Bien hizo, que es linda, pero...)

CONDE. Y arrojado de tu umbral  
luégo...

CARM. No es cierto: al contrario...

CONDE. ¿Qué mucho si, á mi pesar,  
llenó más tarde el vacío  
de mi alma otra celestial  
criatura...

CAND. (Eh! poco á poco!...)

CONDE. Es decir, no en realidad,  
sino... Perdóname, Cármén!

CAND. (Sí, un amor provisional...)

CONDE. ¿Y si otra vez á mis ojos  
lució la estrella polar  
que yo creía apagada...  
(Á Inés.)  
No te ofendas...

CAND. (Hum!...)

INÉS. (Sonriéndose.) No tal.

CONDE. ¿Qué mucho si á la cadena  
que nunca debí quebrar  
volví...

(Á Inés.)

Perdóname, Inés!

CAND. (En alta voz.)

Dale! Perdonado estás.

INÉS. ¿Quién habla... Ah, mi prisionero!  
Voy á darle libertad.

(Abre la puerta que cerró, y saca de la mano á Cándido: entretanto habla aparte el Conde con Cármén.)  
Cándido!

CAND. Inés!—Frito estaba,  
y ya me iba á descolgar...

CARM. (Saliéndole al encuentro y dándole la mano )  
Oh amigo mío!

CAND. ¡Mi amable  
señorita! Qué bondad!

CARM. Sea usted muy bien venido.

INÉS. Nadie lo ha sido jamás  
tanto como él.

CAND. Prendá amada!  
Aunque la oportunidad

en mí es rara, hoy me parece  
que algo de providencial...  
¡Bendito Dios que me trajo  
sano y salvo de Ultramar!

CONDE. (Dándole la mano.)  
Yo le bendigo también  
sí...

CAND. Oír generoso rival!  
Oh ventura sobrehumana!...  
Mas completa no será  
si á todos no alcanza. Cármen!...  
Amnistía general!

CARM. Temo...

INÉS. Hermana mía!...

CARM. Dudo....

CAND. (No tendré tranquilidad  
mientras...)

INÉS. Perdónale!

CONDE. Tiene

entrañas de pedernal.

CAND. Perdónele usted!: lo pido  
con mucha necesidad.

CARM. Bien está ..

CAND. Vítor!

INÉS. Albricias!

CARM. Pero ántes que en el altar  
le dé mi mano, le impongo  
una penitencia.

CONDE. Cuál?

CARM. Rigorosa cuarentena  
hasta el día de San Juan.

CONDE. Ah cruel!

CARM. El escarmiento  
me hace cauta y suspicaz.

INÉS. (Al Conde en voz baja.)  
Sea usted sumiso y dócil,  
que todo se compondrá.

CONDE. Bien: me resigno... ¡Otra vez  
meritorio!...

CARM. Eso es: cabal.

## ESCENA VIII.

INÉS. EL CONDE. CÁRMEN. CÁNDIDO. VENANCIA.

- VEN. Don Claudio pide permiso...  
CARM. Ah!..  
VEN. Qué interesante escena!  
(Hum!) Que sea en hora buena...  
INÉS. Que éntre.  
CARM. No! (Qué compromiso!)  
CONDE. (Qué don Claudio será ese?)  
VEN. Conque todo se arregló?  
INÉS. Si; el Conde con Cármén; yo...  
CAND. Conmigo, pese á quien pese.  
VEN. Si lo dices por Venancia,  
lo erraste de medio á medio.  
Qué novio para un remedio!  
(Á Inés.)  
No te arriendo la ganancia.  
(Maldicion!...)  
CONDE. Pero, ¿quién es  
ese que pide permiso...  
INÉS. Otro galan: ya es preciso  
decirlo.  
CONDE. (Á Cármén.)  
Tuyo, ó de Inés?  
CARM. Mio, sí.  
CONDE. Oh virtud preclara!  
CARM. Mi novio era: lo confieso.  
CONDE. No tenemos segun eso  
nada que echarnos en cara.  
CARM. Yo no amaba á ese hombre, no,  
mas de mi puntillo esclava  
por vengarme me casaba.  
CONDE. Sí?  
INÉS. Lo certifico yo.  
CARM. Y todavía lo haré  
si usted...  
INÉS. No!  
CONDE. No, vida mia!  
Dos derrotas en un dia!...  
Me entrego á tu buena fe.

VEN. Qué hago?

## ESCENA XX.

INÉS. CÁRMEN. EL CONDE. CÁNDIDO. VENANCIA. D. CLAUDIO.

CLAUD. (Á la puerta.)  
(Media hora esperando.)  
(Entra.)

VEN. Aquí está.

CONDE. (Á Cármen.) ¿Es ese...

CLAUD. Aquí estoy.

Señorita, yo no soy  
género de contrabando.  
Todo el comercio me aplaude...

CARM. Don Claudio,...

CLAUD. Pero ya infiero  
que otro ha sido el matutero.  
No en mí; en la aduana está el fraude.

CARM. Siento...

CLAUD. Ya basta de lios  
y tramoyas y cohechos.  
No vengo á pagar derechos,  
sino á reclamar los míos.

CONDE. Qué original!

CAND. (Aparte á Inés.) ¡Vaya un ente...

CLAUD. ¿Cuál es de esos dos galanes  
quien te roba á mis afanes  
y complica el expediente?

CONDE. Yo soy quien ciego de amor  
aspira á llamarla esposa.

CLAUD. Una novia no se endosa  
ni es título al portador.

CARM. Ruego á usted que no se ofenda.  
Yo explicaré...

CLAUD. No transijo.

Tu mano es mia, y la exijo  
aunque un virey la pretenda.

CLAUD. Ba!

CONDE. Y de mi haber seré pródigo  
hasta que obtenga justicia  
de esta quiebra subrepticia

- que está penada en el Código.  
INÉS. Será inútil...  
CONDE. Pero ¿en qué  
se funda usted?  
CLAUD. Pésia tal!...  
En su promesa formal.  
(Sacando un papel.)  
Aquí traigo el pagaré...  
CONDE. ¿Cómo...  
CLAUD. Una carta, y no ambigua,  
en que jura ser mi esposa.  
CONDE. Ba! Creí que era otra cosa.  
Yo tengo otra más antigua.  
CLAUD. (Á Cándido.)  
Cuál á cuál hará mal tercio,  
su credencial ó la mia,  
lo decidirá en su día  
el tribunal de Comercio.  
CAND. Las dos son papel mojado  
mientras ella no confirme...  
CLAUD. Oh! yo pleitearé, y de firme.  
Veré hoy mismo á mi abogado...  
CONDE. Qué bobada! Esa sentencia  
á otro fuero corresponde,  
y yo sabré...  
CAND. El señor Conde  
es fuerte en jurisprudencia.  
CLAUD. Yo... (Zape! Conde y. duelista...)  
Ciertos... Una carta...  
CAND. (Ap. al Conde.) Ya amaina.  
Vuelva el acero á la vaina.  
CLAUD. No es una letra á la vista;  
pero, ya ve usted... ¿quién deja  
*grátis et amore* á un socio  
tan saneado negocio?  
Justo es...  
INÉS. (Ap. con Cármen.)  
Ya asoma la oreja.  
CLAUD. Que la contienda dirima  
una transaccion...  
CARM. (Ap. á Inés.) Ah Inés!  
No creí... Ruin interes!

- CONDE. Qué transaccion?  
 CLAUD. Una prima...  
 CONDE. Oh qué vergüenza! qué injuria!  
 ¡Hacer—la ira me inflama—  
 tráfico vil de una dama...  
 ¡Lárguese usted, ó mi furia...  
 CAND. Si por contento se da  
 con una prima,—oh fortuna!  
 yo le puedo ofrecer una...  
 CLAUD. Eh?  
 INÉS. ¿Qué...  
 CARM. ¿Cómo...  
 CAND. (Mostrando á Venancia.) *Éccola quá.*  
 CLAUD. Ella!... Horror!  
 VEN. Infame!  
 INÉS. Es chanza...  
 CLAUD. Protesto... Abur!  
 VEN. (Dirigiéndose á la puerta derecha lateral cercana al foro.)  
 Asésino!  
 CLAUD. (Yéndose por el foro.)  
 (Reniego de mi destino!)  
 VEN. Venganza, cielos, venganza!  
 (Entra y cierra de golpe la puerta.)

## ESCENA ÚLTIMA.

INÉS. CÁNDIDO. CÁRMEN. EL CONDE.

- INÉS. ¡La pobre... La has sofocado.  
 CAND. Eh!  
 INÉS. Permite que interceda...  
 CAND. Por ella haré cuanto pueda,  
 mas no la quiero á mi lado.  
 CONDE. Buen sustituto me diste!  
 CARM. Tuya es al fin la victoria.  
 CONDE. Pero escatimar mi gloria  
 con tan largo plazo... Ay triste!  
 INÉS. No: sea igual el cuarteto.  
 Si al cabo ha de ser tu esposo,  
 no le hagas...  
 CAND. Si; ya es forzoso

sacarle del lazareto.

CARM. Sí, que no soy tan tirana.

(Dando la mano al Conde.)

Toma.

CONDE. Oh gozo!

INÉS. (Dando la mano á Cándido.)

Y tú la mia.

CARM. Las dos bodas en un dia.

CAND. Sí, sí; y mejor si es mañana.—

(Á Inés.)

Cuán otro soy del de ayer!

Y á ti lo debo!

CARM. Y yo!

CONDE. Y yo!

INÉS. No; á un dichoso *quid pro quo*...

CARM. No; á tu hidalgo proceder!

INÉS. Eh! no me hables de hidalguía.

Todo ha sido obra de Dios,

que quiso dar á las dos

lo que más nos convenia.

FIN DE LA COMEDIA.

---

*Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion seã autorizada.*

*Madrid 3 de Enero de 1862.*

Elcensor de teatros,  
ANTONIO FERRER DEL RIO.









arla.  
1818.  
ista de pájaro.  
anco.  
se entiende, ó un hom-  
lo.  
ontra nobleza.  
o oro lo quere luce.

de eumienda.  
no revuello.  
por él.  
das las de honor, ó el  
o del Cid.  
rta del jardin.  
caballero es D. Dinero.  
eniales.

ido al Coronell...  
to abarca.  
la mia!  
autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.  
Rival y amigo.

Su imagen.  
Se salvo el honor.  
Santo y peana.  
San Isidro (*Patron de Madrid.*)  
Sueños de amor y ambicion.  
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.  
Traidor, inconfeso y mártir.  
Trabajar por cuenta ajena.  
Todos unos.

Un amor á la moda.  
Una conjuracion femenina.  
Un domine como hay pocos.  
Un pollito en calzas prietas.  
Un huesped del otro mundo.  
Una venganza leal.  
Una coincidencia alfabética.  
Una noche en blanco.

Uno de tantos.  
Un marido en' suerle:  
Una leccion re servada.  
Un marido sustituto.  
Una equivocacion.  
Un retrato áquemaropa.  
¡Un Tiberio!  
Un lobo y una rapesa.  
Una renta vitalicia.  
Una llave y un sombrero.  
Una mentira inocente.  
Una mujer misteriosa.  
Una leccion de corte.  
Una falta.  
Un paje y un caballero.  
Un si y un no.  
Una lágrima y un beso.  
Una leccion de mundo.  
Una mujer de historia.  
Una herencia completa.  
Un hombre fino.  
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de  
Serranía de Ronda.

## ZARZUELAS.

Medero.  
buena ley.  
sico.

la Gitana.  
Marte.  
ora.

ido.  
quila.  
nto, ó el Alcalde pro-

er.  
io.  
de una ópera.  
o y la maja.  
del hortelano.  
y en Marruecos.  
la ratonera.  
mono.  
e carnaval.  
(drama lirico.)  
u de la Rioja (*Música*)  
le de Letorieres.

El mundo á escape.  
El capitan español.  
El corneta.  
El hombre feliz.  
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)  
Jacinto.

La litera del Oidor.  
La noche de ánimas.  
La familia nerviosa, ó el suegro  
omnibus.  
Las bodas de Juanita. (*Música.*)  
Los dos flamantes.  
La modista.  
La colegiala.  
Los conspiradores.  
La espada de Bernardo.  
La hija de la Providencia.  
La roca negra.  
La estátua encantada.  
Los jardines del Buen Retiro.  
Loco de amor y en la corte.  
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prision  
de Edimburgo.  
La Jardinera (*Música*)  
La toma de Tetuan.  
La cruz del Valle.  
La cruz de los Humeros.  
La Pastora de la Alcarria.

Mateo y Matea.  
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que D  
quiere.  
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.  
Una guerra de familia.  
Un cocinero.  
Un sobrino.  
Un rival del otro mundo.

# PUNTOS DE VENTA.

**MADRID:** Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

|                    |                               |                                |                 |
|--------------------|-------------------------------|--------------------------------|-----------------|
| Adra.....          | Robles.                       | Lugo.....                      | Viuda de Pujol. |
| Albacete.....      | Perez.                        | Malion.....                    | Vinent.         |
| Alcoy.....         | Martí.                        | Málaga.....                    | Taboadela.      |
| Algeciras.....     | Almenara.                     | Idem.....                      | Cañavate.       |
| Alicante.....      | Ibarra.                       | Mataró.....                    | Abadal.         |
| Almeria.....       | Alvarez.                      | Murcia.....                    | Hered. de And.  |
| Avila.....         | Palomares.                    | Orense.....                    | Robles.         |
| Badajoz.....       | Rino.                         | Orihuela.....                  | Berruezo.       |
| Barcelona.....     | Hered. <sup>a</sup> de Mayol. | Osuna.....                     | Montero.        |
| Idem.....          | Cerdá.                        | Oviedo.....                    | Mántaras.       |
| Bejar.....         | Coron.                        | Palencia.....                  | Gutierrez é I.  |
| Bilbao.....        | Astuy.                        | Palma.....                     | Gelabert.       |
| Burgos.....        | Hervias.                      | Pamplona.....                  | Barrena.        |
| Cáceres.....       | Valiente.                     | Pontevedra.....                | Verea y Vila.   |
| Cádiz.....         | V. de Moraleda.               | Pto. de Sta. Maria             | Valderrama.     |
| Cartagena.....     | Muñoz Garcia.                 | Reus.....                      | Prius.          |
| Castellon.....     | Perales.                      | Ronda.....                     | Gutierrez.      |
| Ceuta.....         | Molina.                       | Salamanca.....                 | Huebra.         |
| Ciudad-Real....    | Arellano.                     | San Fernando...                | Meneses.        |
| Ciudad-Rodrigo.    | Tejeda.                       | Sanlúcar.....                  | Esper.          |
| Córdoba.....       | Lozano.                       | Santa Cruz de Te-              |                 |
| Coruña.....        | Garcia Alvarez.               | nerife.....                    | Power.          |
| Cuenca.....        | Mariana.                      | Santander.....                 | Laparte.        |
| Ecija.....         | Garcia.                       | Santiago.....                  | Escribano.      |
| Ferrol.....        | Taxonera.                     | San Sebastian...               | Garralda.       |
| Figueras.....      | Bosch.                        | Segorbe.....                   | Mengol.         |
| Gerona.....        | Dorca.                        | Segovia.....                   | Salcedo.        |
| Gijon.....         | Crespo y Cruz.                | Sevilla.....                   | Alvarez y Co.   |
| Granada.....       | Zamora.                       | Soria.....                     | Rioja.          |
| Guadalajara....    | Oñana.                        | Talavera.....                  | Castro.         |
| Habana.....        | Charlain y Fernz.             | Tarragona.....                 | Pujol.          |
| Haro.....          | Quintana.                     | Teruel.....                    | Baquedano.      |
| Huelva.....        | Osorno.                       | Toledo.....                    | Hernandez.      |
| Huesca.....        | Guillen.                      | Toro.....                      | Tejedor.        |
| I. de Puerto-Rico. | Mestre.                       | Valencia.....                  | Moles.          |
| Jaen.....          | Idalgo.                       | Valladolid.....                | H. de Rodrig.   |
| Jerez.....         | Alvarez.                      | Vigo.....                      | Fernandez Di.   |
| Leon.....          | Viuda de Miñon.               | Villan. <sup>a</sup> y Geltrú. | Creus.          |
| Lérída.....        | Sol.                          | Vitoria.....                   | Galindo.        |
| Logroño.....       | Verdejo.                      | Ubeda.....                     | C. Treviño.     |
| Lorca.....         | Gomez.                        | Zamora.....                    | Fuertes.        |
| Lucena.....        | Cabeza.                       | Zaragoza.....                  | V. de Heredia   |